



Mágica Mágica

M^a SOCORRO
mármor bris



Mágina Mágica

*M^a Socorro Málmol Brís o
Gaviola de Aznaitín*

© 2007. M^a Socorro Mármol Brís Todos los derechos reservados

“Mágina Mágica” ya fue editada en papel por Alternativa Editorial, ISBN 84-96085-37-6
DL OU-35/2005

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

www.ittakus.com



Índice

MÁGINA MÁGICA	5
DEDICATORIAS.....	7
PRÓLOGO DE MARIAL	8
PREFACIO PARA UN AVANCE DE MAGIAS	10
YO TE QUIERO, PANCHO.....	11
¿QUE SI TE QUIERO...?.....	15
LA NOCHE DE LOS LIRIOS AMARILLOS	20
MARIPOSAS	22
MANOLICO EL CIRRO.....	27
LA MOCICA VIEJA	35
EN VALENCIA.....	39
EL PERRO QUE TENÍA	43
UN NOMBRE EQUIVOCADO.....	43
COMO PLUMA DE GORRIÓN	50
EL CADEJO DE HILO PAJIZO.....	51
EL AÑO DEL VESTIDO AZUL.....	53
CARAPÚAS.....	59
SOBRE LA AUTORA: Cuchicheos y patrañas acerca de mi vida.....	61

MÁGINA MÁGICA

¡Ah, mi Mágina-Mágica en serrallo!,
dura negociadora
de graznidos de grajo y silbos de jilguero
administrados, apasionadamente,
entre peñas y juncias.
Redentora del agua despeñada
que nutre los sigilos de mínimos vergeles.

Simas sin fondo, luz de calcáneos úteros,
que solo han copulado con agrestes pastores.
Piel de esparto majado entre dos luces
crecidas del aliento robusto del olivo.

Aznaitín: visceral de altanería violeta
apilando neveros en su matriz estéril.

¡Afán!
Maquila del Bolero de la siega
mientras barcinan trigo, haces de gula triste,
voz con sabor a pan muerto de hambre,
Palomas Mensajeras de lo escaso
que nunca regresaron de Alemania.

¡Brujerías!
Santiguaderas, Minguillos insidiosos,
o tesoros traidores con un toro en vigilia,
o agarejos paganos como alegrías humildes.

Adelfas desvirgadas y brotes
de tempranera ruda salvadora:
decisivos remiendos para silvestres hímenes
en duda o entredicho...

Son dieciséis Fortines,
asedios derramados sobre los pedregales,
prisioneros en soles de aceituna
con las bocas abiertas de cansancio.
Acoso de los Guads, y reconquista
del Grande y de los Jándulas, astutos,
igual que viejos lobos marcando territorio.

Agua, luz, sal, esparto,
cristal sin derretir, "Serranillas", y "Aixas"
sin cristianar siquiera.
Serrezuelas esclavas de pámpanos impíos...

Por Cabrilla,
la capa escurridiza del duro blanquizal
le arrebuja, glorioso privilegio,
sus tres inmensos huevos al Cristo MataMulas.

Vosotros. Los de allí,
sabéis lo que me digo... Hablo de Mágina.
Gaviola

DEDICATORIAS

A UN TIEMPO PASADO:

...el de mi infancia y el de mi Juventud en Sierra Mágina.

UN LUGAR:

El Foro <SENSIBILIDADES>, donde le canto a aquel otro Lugar desde este tiempo, mientras aprendo magias nuevas.

A TRES RECUERDOS:

1. Las Mujeres y Hombres de mi Tierra, que siempre vuelven a ella como las golondrinas.
2. Las Mujeres de mi familia, que me enseñaron reciedumbre.
3. A mi Padre, y a Madre: que ya disfrutaban Mágina desde otros paisajes donde dicen que no hay ni Moros ni Cristianos..

A UN AMOR

El de "El Mío". Mi Hombre

PRÓLOGO DE MARIAL

--- En sensibilidades@yahoogroups.com, María Luisa Lázzaro marial_lazzaro@y...> escribió:

Para compartir con ustedes uno de los prólogos al extraordinario libro de Socorro-Gaviola... no se pierdan de leer de principio a fin,

Mágina mágica:
relatos de la oralidad literaria rural

Con la licencia que me da la creatividad, y con conocimiento de causa, enmarco el libro de relatos Mágina mágica dentro de una "oralidad -literaria-rural", para expresar un lenguaje coloquial, oral, rural, con toda la riqueza expresiva de lo literario en cuanto a la armonía figurativa y al vuelo estético, que se percibe en la lectura.

El lenguaje, pergeñado en estos relatos, no se generó desde las dotes inventivas de su autora –aún toda la carga imaginaria- sin duda fue tomado -respirado- fonéticamente, del mismo pueblo: Mágina, y desde la memoria de la infancia. Es deducible que estos relatos no pudieron haberse escrito sólo desde la ficción, pues el habla (la oralidad) rural-coloquial conque están bordadas las historias, sólo puede devenir de la memoria vivencial; al menos auditiva y visual.

Que es explicable desde la noción filosófica de memoria, especialmente la Bergsoniana que la considera distinta a lo que conocemos por recuerdo, pues está más allá de cualquier impronta o huella de pasados recientes o no. La diferencia estriba -según Bergson (en Memoria y vida)- en que la memoria (de la infancia, del pueblo), tiene una duración que supera los instantes, es un progreso continuo del pasado que corroe, o marca (modifica) el porvenir y que permanece como parte fundamental, integral, de la persona. Para la filosofía en general, la memoria es la posibilidad de disponer –en cualquier momento y ante cualquier circunstancia- de los conocimientos pasados. Estos conocimientos, que refiere, son aquellos atenedos a las vivencias o experiencias que forman (marcan) el ser de la memoria. Conocimientos como: la fonética del habla de los pueblos, o sus dialectos, o idiomas, que marcan a los niños y niñas, quedando grabados en ellos como un comprensión imborrable que forma parte de su propia naturaleza; persiste en sus acciones y sus manifestaciones, y por supuesto en sus modos de ser. Y aún más, forman parte de la memoria colectiva de los pueblos, como bien lo estudió Halbwachs, discípulo de Bergson, estableciendo sus bases teóricas junto a Lévy-Bruhl y Durkheim, revalorizando los elementos de lo real cotidiano expresados desde la oralidad recogida de manera escrita y, de mayor valor todavía si es de forma literaria, como es el caso del libro Mágina Mágica, donde el tratamiento de ese lenguaje –dentro de su condición de habla rural- participa de todas las características de la función poética de Jakobson.

Por otro lado, *Mágina mágica* termina siendo una suerte de novela fragmentada, como fragmentada es la vida misma que vamos viviendo cada día. Comienza con un relato de la infancia: "CaraPúas", que está narrado desde el habla gutural de los infantes más pequeños, aunque representado en niñas escolares, preadolescentes, lo que podría parecer inexplicable hasta dar con el medio rural del que proviene. Confieso que este primer relato, de inicio, pudiera provocar en lectores no avezados, una detención de la lectura. Persistiendo, como un cofre forrado con papel alusivo a la infancia, comienzan a sucederse historias llenas de maravillas, una detrás de otra. Y, no sólo en cuanto a la temática, cada vez más profunda y atractiva; también en cuanto al lenguaje, cuidado con el esmero natural de quien habla como aprendió a hacerlo, con sus giros identificatorios de una época y un pueblo; con sus dramas y sus pasiones; y con una carga de humor y sensualidad que sólo desde el talento puede combinarse con la oralidad rural, elevándola a lo literario para el disfrute del lector.

La autora, M^a Socorro Mármol Brís /Gaviola de Aznaitín (1944), con una personalidad jovial, "lustrosa" (de luz), como ella misma se describe: "y sigo moceando", es profesional de Leyes, nació en pleno Parque Natural de Sierra Mágina, en Bedmar (Jaén): "tierras de entredicho", tierra de nadie, entre moros y cristianos. Fue Maestra nacional y luego se hizo "leguleya" como su padre. Entre Tribunal y Tribunal, fue escribiendo: "apasionadamente, sobre personajes de esa zona de Mágina (...). Cuento cosas de sus gentes; pero, como me voy haciendo vieja, parece que la memoria me ayuda a meter y sacar cosecha propia que convierten las historias reales en auténticas PATRAÑAS".

Si bien en *Mágina Mágica* hay elementos cualificables de biográficos, incluso desde la confesión de su propia autora (lo que no es garantía de que lo sea, dadas las características fingidoras de los creadores), se percibe una recreación de situaciones y hasta ficcionalizaciones en varios de los relatos, especialmente los últimos que ponen en escena el proceso de bildungsroman, en la autora-personaje, por las constantes alusiones a su disposición (formación-dedicación)) para la escritura, desde muy joven. Por otro lado, podríamos ubicar esta maravillosa develación del pueblo Mágina, a medio camino entre la narrativa indigenista de Ciro Alegría o Arguedas, y la criollista costumbrista de alta factura literaria.

María Luisa Lázzaro
Mérida.Venezuela

Marial, querida, me dan ganas de decir muchas cosas de este prólogo en el que te has esforzado en descubrir las claves de un Libro y de su Autora. Pero, cuando voy a echar mano de las palabras, me faltan las necesarias para poder expresar lo que me has hecho sentir. Creo que será mejor esperar a que llegues a la presentación para decirte con un abrazo lo que no sé decirte de otra manera. Mientras tanto, SOLAMENTE GRACIAS.

GaviolaEnmudecida

PREFACIO PARA UN AVANCE DE MAGIAS

Este libro que tienes entre las manos, lector, podría parecer, a simple vista, un ejemplar más de la serie de “relatos costumbristas” de una reciente y novel escritora localista que vuelca su mirada escrita sobre las cosas de su tierra, dejando que su memoria repase recuerdos vividos o soñados, y que su pluma describa personajes plenos de tipismos o anécdotas acaecidas que la imaginación reciente desea transformar en letra impresa, pero no te equivoques, lector, porque Mágina Mágina es más, mucho más que todo esto.

Su autora no es sólo una escritora que publica su primer libro en papel, sino una prolífica escritora, en prosa y poesía, que se atreve, en este primer volumen, a dejar en prensa escrita todo el amor y la admiración por una tierra que la vio nacer y crecer y que forma parte de sus esencias mágicas: tierras de la Sierra Mágina, a caballo siempre entre la Andalucía típica y el concepto abrupto de los pueblos serranos marginales.

Y sus relatos no son tan sólo anécdotas costumbristas, sino un magistral ejemplo de buceo y análisis en las características íntimas de unos personajes que, además de creíbles, guardan en sus adentros sensibilidades exquisitas, y que son, así mismo, el referente imprescindible de una época que, aunque aparentemente superada, sigue marcando sentimientos y emociones, tanto así como pautas de conocimiento íntimo del paisaje cultural de nuestra piel de toro.

Relatos exquisitos, dotados de esa magia particular que los montes confieren a sus gentes, y escritos desde el imprescindible y necesario respeto al “gracejo lingüístico” de la tierra porque supone una riqueza de conceptos e ideas imprescindibles.

Relatos que, por debajo y por encima de anécdotas más o menos jocosas o trágicas, revelan la delicadeza de unos personajes “universales” que se ríen y duelen de la mano fecunda de Socorro Mármol, y de su sagacidad narradora, y que componen un cuadro de extraordinario interés y belleza.

Yo, al menos –lector impenitente e impenitente y no demasiado cómodo crítico–, los he disfrutado con enorme fruición.

Espero que tú también, lector, sepas encontrar todas las magias explícitas de estos relatos de la Mágina Sierra Mágina.

Luis E. Prieto
Sierra de Madrid

YO TE QUIERO, PANCHO.

¡Yo te quiero, Pancho! Que me muera aquí mismo si no es verdad que te quiero.

Tú bien sabes que tengo pocas luces, y que sigo lo mismo de tonta que siempre. Que, como decía Madre, no había cristiano que pudiera hacer carrera de mí. Y todo porque, cuando por el tiempo de la aceituna me llevaba al tajo, yo tardaba todo el día en llenar una esportilla. Pero es que, Pancho, yo no comprendía para qué había que llenar la esportilla si encuantico estaba llena tenía que ir a vaciarla en la criba grande o en el esportón del Manigero y, ¡hala!, a empezar a llenarla otra vez. A mí se me figuraba que aquello sí que eran tonterías mas grandes que mis dichos y que mis maneras.

Madre no se cansaba de decirme tontorrón pero es que a mí se me arrojaba el talante cuando me apremiaba para que me aplicara a una tarea tan sin provecho.

A mí se me antojaba que, en la aceituna, lo mejor de la faena era lo que desempañaban los vareadores, tan tiesecicos ellos en lo alto del ramaje, espantando gorriones tardíos con sus varas y mirándole las senaguas a los nublos. Pero encuantico yo agarraba una vara el Aperador empezaba a tupir a Madre como un demonio:

-¡Catalina!, o atas corto al pendón de tu hija o te despacho del tajo. Que mira la muy marimacho, que no hace otra cosa que estorbar a los braceros y entrarles de mala manera con las vergüenzas al aire. Luego, si pasa algo, no irás a pedirle cuentas a los pobres si le responden como Dios manda; que mira que los está provocando todo el santo día y bien que se sujetan ellos; que un hombre es un hombre y no entiende de tontas cuando lo hurgan en la hombría. ¡Catalina...!

Madre se ponía colorada como un tomate pero ni le contestaba al Aperador para no disgustarlo mayormente.

Si tendría pocas luces que no me percaté de lo preciso que era llenar y vaciar esportillas hasta que no te pusieron a ti detrás de la criba y empezaste a echarme aquellas ojeadas..., y aquellas risicas como de cariño con las que me mirabas cada vez que me arrimaba con mi capaza llena. Entonces sí que me entraron las urgencias..., que tú mismo decías que ni las mujeres mas recias de la cuadrilla me echaban la pata por encima ni me ganaban a juntar aceituna. Tú te recordarás, Pancho, que me dejaba las uñas entre la escarcha de los terrones de los ruedos, y los pellejos de los dedos se me saltaban de tanta helazón que escupía la amanecida, con tal de llenar la espuerta y poder verte de cerca cuando iba a vaciarla. De verdad que yo nunca he tentado un suelo más duro ni más arisco que ese en el que se agarran las aceitunas, a las siete de la mañana, cuando la noche está rasa. Por eso me gustan tanto los nublos en tiempo de aceituna: te mojan pero no te revientan los sabañones. Por eso y porque el Amo le tenía mandado al Manigero que, cuando lloviera, holgáramos en la cocina de los caseros mientras escampaba, y allí podía juntarme contigo sin que Madre rezongara.

Madre siempre me estaba porfiando:

-Pero ¡pedazo de tontorrón!, ¿cómo te piensas tú que un mozo como ése te pretenda a ti habiendo tantas mozas con la cabeza en su sitio. Lo único que quiere es lo que quieren todos; hacerte una barriga y luego ¡a correr, que la sangre es ajena...!

Tú la perdonarás, Pancho; pero es que ella, con lo listísima que era, de cariños entendía poco; que a Padre nunca le escuché dirigirle la palabra si no era para despreciarla y ofenderla diciéndole que no servía para otra cosa que no fuera parir mastuerzos. Padre, cuando decía aquellas cosas me señalaba a mí; pero es que yo me pienso que él se sentía muy afrentado con mi simpleza delante de la gente del Pueblo, y a alguien tenía que echarle el muerto. Y no iba a pagar la rabia con los de fuera de casa, que para eso está la familia...

Yo no sabía lo que era cariño hasta que tú me quisiste.... ¿Y qué iban a entender Padre y Madre de lo nuestro si ellos no se tenían roce ni para insultarse...?; que te lo digo yo, que en eso del cariño sí que se distinguir gracias a ti, y lo entiendo como si fuera una maestra....

Y es que, Pancho, cuando aquella mañana en el tajo me agarraste las manos y empezaste a chuparme la sangre que me chorreaba por los dedos helados, despacico..., despacico..., mirándome a la cara de reajo, yo, en mi cortedad, me alboroté por dentro de semejante manera como se alborotan las tórtolas entre los caíllos y los abrojos por el buen tiempo. Y entonces me pensé: de éste debiera aprender Don Nicolás, el Médico, a quitar dolores; que me ha amainado el escozor mismamente con la calor de su saliva, y tal parece que me haya disipado en los sesos la bruma la tontera. Que hasta el helamiento de los huesos se me ha ausentado.

Me pienso yo, Pancho, que si de verdad soy tan tonta como dicen pues que bendita sea mi pavera que me alcanza para quererte de esta manera tan llana. A nadie he querido yo como te quiero a ti, Pancho.

A Madre, aunque estuviera siempre diciéndome tonta, le tenía un apego muy grande, y muy blandico, y muy afanoso. Y siempre estaba rastreándola con reojos y acechando su mirar, por si me tenía un desaire por mis simplezas. Algunas veces hasta me echaba una sonrisa, o me pasaba la mano por los pelos... y, entonces, era como si reventara y me abriera como las granadas por Septiembre. ¡Ay!, bien que me duelo de no tenerla ya conmigo, que otro gallo me cantara si ella estuviera. Que me pienso yo que por encima de mi tontera nunca se le despintó hacia mi persona el apego de madre.

A quien le tenía de verdad querencia era a Doña Medarda, la Maestramiga. Que ésa sí que se halló conmigo y me entendió en mi ignorancia. Yo de letras, pues ya sabes; que entonces se me figuraba ser muy engorroso lo de escribir. Pero, cuando se lo decía a Doña Medarda, en lugar de tupirme o de rebajarme me decía:

-Mira, Catalinilla; no escribas si se te hace trabajoso. Como a ti lo que te prueba es pintar pues pinta letras y luego les pones nombres.

Yo le hice caso, porque para mí lo de pintar ya sabes tú que es lo que más me gustaba en el mundo. Y mira tú si pintaría letras en la Escuela de Doña Medarda que aprendí a dibujar hasta tu nombre; ¡que hay que ver lo que te gustaba el cómo lo hacía!

A Padre le perdí el apego cuando, en casa del Cura, le pinté lo que hacíamos tú y yo debajo del Puente y por los cañaverales de la Vega. Pero no te creas que salió de mí el pintar lo nuestro. Es que se pusieron los dos a porfiarme de una manera que me metieron el agobio en el cuerpo, sobre todo el Cura, que decía que me iba a ir al infierno si no me confesaba de mis pecados; y yo para esclarecerles que lo que tú y yo hacíamos no podía ser un pecado, porque aquello era lo que los ángeles tendrían que estar haciendo en la gloria cada día, se lo pinté; y el Cura se santiguó y me mentó con una referencia que no se qué quería decir pero era más malo que lo de llamarme tonta por cómo le echaban ascuas los ojos. Y Padre me atizó un guantazo que se me saltaron las lágrimas. Y todo por quererte. ¡Porque mira que te quiero, Pancho!

Bueno, como te iba diciendo, pues a Padre le perdoné lo del sostrazo. Pero lo que no le perdoné fue que me llevara en casa de la Comadrona; y que la Doña Pepita empezara a hurgarme con unas tenazas largas en las entrañas como si fuera a arrancármelas; que hasta me puse a chillar y se me saltaban las lágrimas por encima de la vergüenza de ver a Padre fijo en mis partes con esos ojos chiquitillos y apretados que tiene, que parecen pozos ciegos.... Y todo porque había dicho el Cura que lo que naciera, si nacía, sería un pendón pecaminoso en manos de una “majadera” sin remedio. Yo no sé lo que es una “majadera”. Pero... ¡si yo te contara cómo me dolían el cuerpo y los sesos con lo que tuve que aguantar en casa de la Comadrona...!

Luego ya no me dejaban salir a la calle para que no se repitiera la preñez; hasta que a Madre le entraron las ciciones, y a Padre todo se le hacía poner a calentar calderos en la lumbre para, cuando le volvieran las tercianas, poder amainarle las tiriteras. Ya no se ocupaba de otra cosa. Era como si el aliento de la muerte que rondaba por la cabecera de Madre le estuviera sacando a Padre del cuerpo un apego que nunca había demostrado.

Entonces, tú te recordarás de eso, yo me escapaba a la Vega a ver si te veía. Y cuando ibas llegando yo te chistaba desde los cañaverales con aquel cuchicheo tal que semejante al de las perdices que tú me enseñaste. Y, si alguna tarde que no llegabas, a mí se me abrían las carnes y se me anochecía el talante. Entonces en el Pueblo empezaron a llamarme putón además de tonta, y se corrió la habladuría de que tú le habías quitado la honra a Padre. Y le sacaron aquella copla tan afrentosa que ahora me cantan a mí... Hasta que Padre se calculó para sus adentros que la honra solamente se lava en sangre...

Ya te he contado en otras cartas que me puse peor de la sesera cuando Padre te descerrajó el tiro. Yo creo que lo hizo para aliviarse de la faena de tener que vigilarme a mí la barriga y a Madre las calenturas.

Te juro que cuando te vide muerto a la vera de Padre se me encendió tanto odio por él como querencia te tuve a ti. Pero, pensándolo bien, todo no ha sido tan malo; ya no hay nadie que pueda hacerme la contra ni quitarme al novio; porque, desde que te tengo aquí enterrado, ya eres como mío de verdad y puedo venir a verte y meterte cartas por la juntura de la losa para que te hagan compañía. Tú habrás visto que no te he faltado ni un día. Todas las santas tardes, desde que te dieron tierra, aquí he estado yo, con mi carta de amor de cada día, como si donde te hubieras ido de verdad es a la “mili” y yo te estuviera escribiendo al otro lado del charco, como decía Doña Medarda cuando le escribía a las analfabetas cartas para sus novios. Yo por lo menos

me aprendí a dibujar las letras para poder decirte lo mucho que te quiero. Porque ¡mira que te quiero, Pancho!

Pero hoy tengo que decirte algo malo, y es que ya ha salido el juicio y le he oído a la Ricarda, la barragana, que a Padre se lo llevan a prisión de por vida. Te recordarás que te lo escribí; que por la Pascua, cuando se murió Madre, a Padre lo soltaron, hasta que saliera la sentencia, para que se ocupara de mí y me buscara acomodo. Pero ¿quién iba a querer cargar con un ser como yo que, como dice el Cura, soy un pedazo de carne con ojos, con un buche que no se llena nunca y con una boca que dice lo que nadie quiere oír? Y, para colmo, -dice-, pendón sin enmienda.

¡Ay, Pancho!; si no te hubieras muerto ahora tendría donde recogerme. Que bien que me lo decías cuando lo nuestro: -mira, Catalinilla; vámonos a vivir juntos al chozo que tengo en la Vega, que a nadie puede incomodarle que nos queramos y que estemos bien casados-. Pero el Cura sin querer casarnos porque decía que Dios no quiere casamientos de tontos. Y Padre, tan cerril..., ¡mira que lo que te hizo...!

Ahora dicen que, cuando encierren a Padre, a mí me van a meter en el asilo. Que ni pensión me queda para que alguien quiera recogerme a cambio de cobrarla. Así que no te extrañará que no venga a verte más por las tardes y que no te pueda mandar más cartas.

Y no es porque no te quiera escribir de lejos. Yo le pregunté al Cartero que si a los muertos le llegaban las cartas poniéndole bien las señas, por si podía seguir escribiéndote. Pero no te voy a referir lo que me contestó el muy marrano porque hoy no quiero incomodarte; que si lo supieras me pienso yo que te levantarías de tu tumba y lo agarrarías por el pescuezo de semejante manera que enganchaste al Manijero la tarde que te dijo lo de “echarme un polvo todos juntos”, cuando nos pillaron a ti y a mi queriéndonos en los atrojes del grano. ¡Que hay que ver cómo te pusiste, y sin querer destaparme el misterio de tu enojo; que fue la única vez que tú también me referiste de mala manera y me llamaste tontorrón! Y no se me olvidará nunca el abrazo que me diste luego, mientras te lloraban los ojos como si fueras chico, viéndome llorar a mí. Yo no me recuerdo que nadie me haya dado en mi vida un abrazo llorado como el tuyo de aquel día. Por eso te juré, como tú me reclamaste, que siempre me iba a quedar a tu vera aunque cayeran chuzos de punta; pero ya te darás cuenta que no puedo remediar lo que remedio no tiene; que cuando se lleven a Padre a mi me encierran en el Asilo porque no puedo apañármelas sola. Ahora sí que nos separan de verdad, Pancho; y nos va a poder la vida en lo que la muerte no nos ha podido.

Así que, si Dios no lo remedia, ésta tiene que ser mi última carta, porque de seguro que mañana me llevan a ese sitio que te he referido.

Si puedo escaparme, por mis muertos te juro en esta tumba que me escapo para venir a hacerte compañía. Pero, si Dios no me da luces para encontrar el portillo por el que escaparme, que sepas por esta carta, que es la última que te meto en la tumba, todo lo que te quiero. Porque ¡yo te quiero, Pancho!

Gaviola de Aznaitín

Marineda 21 de Diciembre de 2001

Segundo Premio de Relato Breve MIRAMAR del Colegio de Abogados de Málaga

Fue tan arrebatado el fuego de aquella noche, la única con él, que aún siento que me escuece el humo en los ojos.

A lo mejor, si alguna vez puedo echar las lágrimas que nunca me salieron, se me aclara la vista y puedo mirarte a la cara sin nieblas de inviernos ajenos de por en medio.

¿QUE SI TE QUIERO...?

-¿Que si te quiero...? ¡Y yo qué se qué decirte! No te molestes de esa manera conmigo que no es lo que te piensas. ¡Pues claro que ya no se me importa llevarte veinte años de delantera en la vida! Para que se te aceleren los pulsos no precisas mocear a destiempo en el almanaque. Lo único obligado es que se te alegre la alacena... Y a mí algo se me remueve por dentro cada noche, cuando embocas el callejón camino de mi puerta.

-Si te contrarié cuando principiaste a rondarme sin asomarme al postigo es porque se me hacía a mí que gallo tan tierno no estaba para cacarearle a gallina vieja. Pero dejé de echarle cuentas al tiempo cuando el espejo me enseñó que se me estaban despejando los nublos de la cara. ¡Lo antojadizo que es el cariño...!

-Si yo te comprendo; que aún se me salen por los ojos los pesares que no he llorado. Pero, aunque mal esté referírtelo a ti, es que yo no me hago al olvido; que desde que pasó aquello vivo en un duelo que me tiene agarrutada.

-¿Qué si en todavía me arrecuerdo del muerto...? ¡Dios no permita que lo olvide! Que sería como quitarle un cacho a mi vida o borrarle su cerco a la luna.

-¡Ay, yo no sé por qué pones tantas ansias en escarbar en lo añejo! Pero, ya que porfías, te lo voy a contar de una vez, y de primera mano, para que no te confundan por ahí. Y, en después, ¡ni vuelvas a mentármelo! A ver si se me disipan ya las ausencias y me saco de la sesera la presencia del primero que...

-No es que yo fuera una calentona. ¡No vayas a creerte eso...! Pero, si se me arrima a la boca alguien al que le tengo querencia, es como si me encendiera.

-¡Mira...: retírate o se acaba la plática aquí mismico! Que no está bien aprovecharse de quien se te clarea hablándote con el corazón en las manos.

-¡Ea; bueno está así! Pues lo dicho, que una noche, antes de que cayera, -y dispénsame si te enojo-, bajó a rondarme. Él estaba huido como sabes; y yo harta de no entender de sinrazones y de no saber por qué teníamos que vernos como los lobos, a escondidas. Aquella noche, con el ansia, me hurgó la boca con la suya y fue como si me metieran fuego. Me pasa siempre... Que por eso te retiro de mi boca que es como es; que parece que no me pertenece y que vive por su cuenta.

-Para tomar alientos le retiré la cara y miré al cielo. ¿Te crearás si te digo que por primera vez en muchos meses la luna brillaba sin cerco? Era como si ella quisiera hablarme, y referirme que aquello que nos arrebatava no era malo. Y yo, alborotada, pensé para mis adentros que nada podía ser malo esa noche si la luna lo alumbraba con sus celajes amarillos y sin cerco.

-¡Y es que nos queríamos desde chicos tanto...! Ya no nos aguantábamos las ansias y retozamos juntos, ahí, entre los álamos y los zarzales, por detrás del Parque Nuevo. Donde antes se acababan las casas y empezaba el muladar...

-¿Entrarlo en la casa? ¡Ay, inocente!; pero mira que los de ahora sois ignorantes. Los Maquis no podía ni pisar las calles. A lo primero, con los hielos del invierno, bajaron de la sierra algunas veces, azuzados por las hambrunas que traen las nieves; que con los fríos se arrecían hasta las borrajás bordes. Y los molinos del río, donde ellos pillaban las sacas de harina recién molida, echaban la tranca en cuanto se acababa la maquila; que estaban los molineros hartos de que los del monte les calentaran los lomos si les negaban la harina o de que los Civiles les rompieran las costillas si les faltaban costales en el recuento, por permitir que se mantuviera a los rojos. Pero a los huidos se les bajaron los arrestos deseguida. De los primeros que agarraron, a los que tuvieron buena estrella, los Civiles los fusilaron allí mismo, al echar a correr por mitad de la rambla. Pero a los que se les torcía el destino, los trincaban de mala manera, se los llevaban al Cuartelillo tirando de ellos como si les encajara una jáquima en la quijada, y, allí, los iban ultimando, despacico y con aplicación, para sacarles información de los camaradas, cachazudamente, con mucho tiento para que no se les murieran entre pellizco de tenaza enfogonada y retortijón de huevos. Y, en terminando las confesiones, les daban matarile como a perros rabiosos. Que, aunque no te lo pienses, la última noche se les iba a los miserables como en aúllos de lobo. Y el paisanaje escuchábamos la quejiguera de esas madrugadas como gallinas pávidas....

-Yo me reconcomía de aprensión pensando que se corriera por ahí que el fugitivo y yo nos estábamos queriendo; porque, a las mujeres que miraban a un Maqui o le alargaban un mendrugo de pan seco cuando se arrimaban a las puertas embozados de pordioseros, las dejaban en cueros en el corral del Cuartel, las embadurnaban de pez y de brea, les pegaban plumas de gallo por el cuerpo y les metían fuego hasta que se hartaban de la jerigonzas y de los chillidos... Pero, si te pillaban con uno en la casa, para qué te voy a decir...

-Tendrías que saber cuántos más te revolcaban a la fuerza en mitad de la plaza y cuántos te hacía el agarejo antes de... eso.

-No, si no es que no quiera mirarte a la cara, ni que tenga vergüenza. No me lo tomes a mal. Es que me aturdo con los recuerdos y entodavía se me aceleran los pulsos cuando refiero aquello. Y se me resucita el susto de pensar en lo que podían haberme hecho a mí esa noche si llegan a divisarme.

-¿Quererlo? Lo quise como solo de mozos se puede querer. Aunque malamente esté mentártelo. Pero eres tú el que estás escarbando donde más escuece. Y yo no engaño.

-Mira, si querer a un hombre es encenderte como las ascuas de la fragua del herrero cuando resopla el fuelle, yo aquella noche, ardí entera como si fuera puro yerro moldeándose a martillazos encima del yunque.

-Yo pensé, -de arrebatados que nos pusimos-, que se nos habían metido tizones en los huesos. Y que el aliento se nos mudaba en llamas. Y es que llevábamos ya más años de la cuenta almacenando leña seca a la vera de la candela más traicionera que hay en la vida; la que llevan los mancebos en el cuerpo... Y donde se almacena leña seca, pues ya se sabe: se consume el troje y revienta el grano. ¡Que ni respirar podíamos con los sofocos de aquellos afanes!

-Luego, mientras holgábamos ufanos, se nos figuró escuchar una murga inconfundible: las botas de los Civiles pateando a su manera; y se nos cortó el

resuello. Yo me acurruqué como pude entre los ripios y la mugre y él empezó a arrastrarse desesperado, civanto¹ abajo, procurando no hacer jaleo.

- ¿Quién va?, -retumbó el vozarrón del Sargento Sanguino, que le hizo favor a su apellido por estos alrededores como si no hubiera aprendido otra tarea que la de sacarle los hígados a quienes le torcían el gesto.

Él se levantó y salió corriendo como las liebres, a campo a través, me pienso yo que para retirarme de allí a los Civiles. Hasta que, de pronto, se echó mano al pescuezo y se cayó redondo, a cuatro pasos de donde estábamos. Tal parecía que hubiera reventado. Yo sabía que estaba muy malo de los pulmones desde chico, y que no debiera correr de aquella manera porque le entraba la fatiga y comenzaba deseguida a escupir sangre, que se le atascaba en las tragaderas y lo asfixiaba. Pero, ¿qué iba a hacer la criatura? Por lo menos los Civiles no lo agarraron vivo. Aunque bien que se encarnizaron con el cuerpo dándole más patadas que a una pelota de badana y echándole fuera los últimos alientos. Que le dejaron más señales en sus carnes que las que dejan los carros en un chortal. Mientras le pateaban se reían como poseídos, con unas carcajadas que llegaban hasta la Plaza. A mí, -¡Dios sea por siempre bendito!-, ni me guiparon con los regocijos de haber tumbado a un Maqui.

- ¡Esto sí que es tener potra, chavall; o mucho me confundo o con este cacho-cabrón en la capacha ya mismico tienes el galón para tu bocamanga, y yo mi ascenso de brigada-. ¡La mala follá es que la haya espichao antes de poder tentarle las tetillas con las tenazas; que a éstos les tengo yo unas ganas...!; que ni abiertos en canal pagarán estos rojazos de mierda el “paseo” que le dieron a mi viejo!, -le decía el Sargento Sanguino al Guardia que le hacía de pareja, mientras pataleaba de contento y le mentaba los muertos al cadáver de mala manera.

-¡Ni una lágrima eché!, para que nadie refiriera que le lloraba la muerte al Maqui tísico. Que entonces, llorarle a un maqui muerto, era peor que levantar el puño o que cantar la “Maria Juana”. Y más con el odio que el Sargento les tenía.

- No. No te consumas de esa manera. Si ya casi ni me escuecen los malos recuerdos; es que se me sube una lástima de lo que pasamos en este Pueblo por nuestra mala cabeza... ¡Mira que hacernos rojos sin tener amo que nos pisara!

-Y es que... los amores primeros nunca se olvidan por poco que duren; que se te enmarañan en el pensamiento como un nido de culebrinas y se enraízan como la cizaña. Escalofríos me dan entodavía de pensar en tanto que nos quisimos él y yo en menos de una hora.

-Fue tan arrebatado el fuego de aquella noche, la única con él, que aún siento que me escuece el humo en los ojos.

-A lo mejor, si alguna vez puedo echar las lágrimas que nunca me salieron, se me aclara la vista y puedo mirarte a la cara sin nieblas de inviernos ajenos de por medio.

¹ CIVANTO: (en El Quijote), ó CIBANTO: Balate o terraplén. Encontrada sólo en Internet y no en Dictionarios varios incluido RAE

-Y, quién sabe..., a lo mejor llega el día, y hasta te entro alguna vez en mi casa aunque vayan diciendo por ahí que no es propio de mis años andar abriéndole portones y entornándole rejas a un mozo más tierno que las allozas.

-¡Pero, échate p'atrás y estate quieto! ¡Retírate ya y no me sofoques; que yo no te comprometo! No te metas esas prisas en despabilarme los tizones que, hoy por hoy, no tengo arrestos para dejar que se encienda otra lumbre encima de cenizas viejas; que me quedé como arreci'a después de tanto fuego. Aunque desde aquello hace ya tanto...

-Con todo, si bien te digo, -¡y quiera Dios que no le esté faltando al muerto!, cada vez que te miro arrimarte a la cancela, y me llega la bocanada de esa pelliza, que ya te huele a redaños de hombre hecho y derecho, y empiezas a tentarme por encima de la ropa como si te diera miedo el percance, parece que se me caldean los rescoldos. ¡Que lástima no saber por donde tirar sin confundirme! Este padecimiento es igualico que si me estuvieran dislocando los dos brazos tirándome de ellos desde dos sitios distintos. ¡Ay!, ¿por qué tendrías que cruzarte en mi camino ahora que me había hecho a ir solica calle alante...? Tú te mereces pan más tierno..., pero yo no me resigno ya a enflorcarme² en la talega. ¿Por qué tenías que balearme la parva cuando ya estaba atrojada...?

-¡Que te digo que...! ¡Ay; para ya y las manos quietecicas! Suéltame y no me aceleres, que no tengo el cuerpo para sofocaciones. Si es que...; ¡pero venga ya!, ¿no irás a incomodarte ahora conmigo? ¿O es que no ves en qué desvarío me hallo?

-¡Anda, bonito, ...vete ya! Que hoy tengo la cabeza que no me rige. No sea que, con la fresca de la noche, se te enronque más esa garganta, que parece que se te está enturbiando el decir como a pichón en celo; y miedo me da de que se te adolezca el pecho como a... ¿pero qué digo yo...?; ¡por lo que más ansies, dispénsame los despropósitos si es que me tienes algún apego...!

-¿Y esa cara que se te está escarchando como en noche de aceituna? Mejor te secas el relente de los ojos; no vaya alguien a confundirlo con lloros de chiquillo. Que nadie tenga que decirte que ojos de hombre bueno se llenan de agua cuando se encela por culpa de mujer tornadiza. ¡Quién no pudiera quererte con veinte años menos de pesares y como si fueras el primero...!

-¡Ay qué cosas dices! Pues claro que el domingo estaré esperándote. ¡A dónde voy a irme yo a estas alturas! Mira, ahora que ya va haciendo bueno, si quieres..., desde la semana que viene, te acercas y hablamos cada noche en lugar de vernos sólo los domingos.

-Mira; para que no digas..., vuelve mañana-noche mismo. Que ya no me hago a abrir los postigos entre semana y ver el callejón vacío hasta donde se acaban las casas, como si no hubieran hecho el Parque Nuevo y siguiera apestando ahí todavía el balate del muladar.

-¿Que si te quiero...? ¿Otra vez me porfías? Pues en ello estoy; aunque no te lo pienses. Y, si no te permito arrimarte, ya sabes tú, mejor que nadie, por lo que es. Que trae la luna malos presagios con sus celajes. Igualico que aquella noche...

No me lo crearás, pero nunca se me ha retirado del pensamiento que a él lo tumbó Dios con aquella muerte de perro para penarme a mí, por haber consentido que pasara lo que pasó sin estar bien casados.

² Enmohecerse, llenarse de moho como el pan húmedo.

-Yo te juro que, antes de que se nos malogre lo nuestro, me abro las venas o me tiro a la acequia de cabeza.

-Y ahora, ¡adiós y hasta mañana! Que yo solamente tengo una palabra aunque no sea de hombre. Y si te digo vete es que no me vuelvo a atrás ni que me maten. ¡Bueno; un besico, si quieres y se acabó!

-¡Que te he dicho que en la boca no; que me acelero y ya no puedo parar...!

-¡...Mmmm! ¡Mira que eres bestia...! Cuando te emperras en algo o te sales con la tuya o... ¡Que no; ni uno más! ¡Bendita sea la Virgen santísima qué sofoco!

-¡Pues no me estás haciendo llorar cuando me pensaba que yo que los lloros ya los tenía extraviados! ¡Que Dios nos ampare a los dos esta noche!

-¡Pero...escucha! ¡Apártate una chispa de la puerta!

-¡Será posible! ¡Con lo oscuro que viene anocheciendo en este tiempo! Y... ¡mira para arriba. ¡Pero si parece que se le ha despintado el celaje a la luna llena! ¡Mírala; tan amarillita y sin cerco! Ni que, de verte a ti así de soliviantado, se le hubiera hinchado a ella la cara de vergüenza, y a mi se me estuvieran secando esta noche las penas viejas por las que nunca podía aplicarme a llorar...

-¡Será posible lo que hay que ver...! Si serás recio queriendo que hasta la luna te agasaja.

-A lo mejor hogaño se nos adelantan las calores y se acaba lo de arrecirnos por dentro...

-¡Venga!; ¡que nadie tenga que publicar que te mantengo al raso! ¡Vamos adentro!

-...Que hay que encender ya la lumbre y arrimar el puchero de la cena. No sea que se nos aguije el hambre y estén las sopas frías.

-Será que estaba de Dios que nos quisiéramos...

Gaviola de Aznaitín
Marineda. 8 Noviembre 2002

LA NOCHE DE LOS LIRIOS AMARILLOS

Recuerdas todavía
la noche de los lirios amarillos?
La de la luna llena creciendo anaranjada
por detrás de las olas;
la del latido inquieto
galopando en las sienes;
la del silencio denso
(por no encontrar palabras
con las que aligerarnos
aquella desazón desesperada
que nos hinchaba el pecho).
Durante algunas horas, -¿cuántas fueron?-,
se nos redujo el mundo a la mirada:
yo hurgándote en los ojos
por si encontraba en ellos
un rastro de esperanza,
hundiéndome en su nimbo
azul y cristalino;
rezándole a tus lágrimas,
apasionadamente,
como si fueran diosas
transparentes y oscuras
proscritas para siempre de su gloria.
Tú clavándote entero
detrás de mi pupila,
como asiéndote inquieto
al último eslabón que te quedaba.
¿Recuerdas todavía, viejo Amigo,
nuestra única noche
de lirios amarillos?
Fue por allí,
al sur de nuestros miedos;
llenándonos de aromas sarracenos,
aquellos que se alzan, como una muerte dulce,
con alfanjes de olas
que le muerden los dedos
a las soberbias rocas altaneras
que cierran La Herradura.
Las hostigan, las baten,
unas veces con rabia
y otras con caricias de viento y de quejido,
hasta que las engañan,
hasta que cabecean
arrulladas en sombras;
hasta que se les rinden
como amantes nocturnas vencidas sobre el lecho.
Entonces las golpean sin compasión ninguna,
y en un arrullo último

le cortan las gargantas, desangrándolas
y haciendo que se ahoguen
entre su propia espuma.

Éramos casi niños.

Como niños se amaron nuestros cuerpos,
con esa crueldad de lo imposible
mientras tus ojos
y mis ojos
se decían un silencioso adiós desesperado,
bañados en la huida de la luna,
la misma luna
que iba tiñendo lirios de aquel color efímero.

Gaviola de Aznaitín

Xavier: este cuento llevaba este poema que, según parece, está bastante desfasado. Así que lo quitaremos del libro si te parece

MARIPOSAS

Ana María tiene los ojos perdidos más allá del tiempo. En algún lejano lugar de su existencia.

La vejez se había anunciado sibilinamente, con un simple ojo de gallo que ella confundió con un insolente grano de arena entre los dedos de su pie derecho. Cuando descubrió que aquella minúscula y dolorosa redondez pupilar tenía sus raíces hincadas en la coyuntura del dedo meñique supo también que era el primer toque de alarma de un organismo que empezaba a desmoronarse; supo que la guerra había empezado.

Ahora se pasa las tardes sentada junto a la alberca, observando el bullicio de los suyos ajenos como están a la levedad del tiempo.

Durante algunos años, después del descubrimiento del ojo de gallo, le plantó cara a la vejez sin poner en duda ni por un momento que acabaría ganando aquella dura batalla. Le pedía a su criada vieja Josefa que le diera friegas por el cuerpo con aceite de romero y espliego para aligerar las mallas que la redondeaban; se compró en la botica un bote de jarabe vitaminado del que contaban y no acababan; prescindió de rebañar en las salsas los últimos curruscos de pan caliente y, en fin, se hizo aconsejar por el Santero sobre las yerbas precisas con las que mantener la cara tersa y las canas disimuladas. Pero la vejez siempre iba por delante del último intento dejándose ver en dos o tres arrugas nuevas, en un nuevo pelo hirsuto en el mentón emergiendo de entre la pelusilla dorada con que empezaba a cubrirse, en una nueva hebra blanca crecida a traición en su cabeza de un día para otro.

Lo último que le quedaba era reconciliarse con la vejez. Y lo único que no podía perdonarle, después de tanta derrota, era lo de las mariposas. Desaparecieron de su vida al mismo tiempo que su cintura empezó a resistirse a agacharse, hacía ya bastantes años.

Recordaba que, cuando era niña, todo el jardín estaba lleno de mariposas. Mariposas de un amarillo intenso en las alas que hacía resaltar la alargada levedad oscura de sus cuerpecillos y de sus antenas; mariposas blancas con manchas negras en sus frágiles alas, revoloteando como alegres viuditas ataviadas con atrevidos mandilones de alivio de luto; mariposas grandes con sus alas acabadas en un pico armonioso y teñidas de imprecisos colores arrancados del entorno policromado. ¡Ah, cómo añoraba las mariposas de su niñez!

Y aquellas otras..., las de la tarde de agosto de un año lejano, cuando, camino de las huertas, Camilo la tomó por la cintura tendiéndola suavemente sobre la yerba fresca del soto del río.

Sucedió sin saber muy bien lo que sucedía, porque cerró los ojos para embeberse mejor en la ardorosa lidia que le envaraba el cuerpo entero. Antes de abrirlos estaba segura de haber visto a ras de suelo millones de mariposas, confundidas con estrellas que la electrificaron hasta un paroxismo desconocido y desconcertante. Poco a poco empezó a tomar contacto con el mundo; Camilo le estaba acariciando la cara con una olorosa ramilla de juncia pero ella no quería salir de aquel ensueño insospechado. Cuando la volvió a besar fijó su mirada en la cara de aquel muchacho que era capaz de arrancar de su cuerpo tales sinfonías y, según estaba tendida cara al cielo, vio por encima de su cabeza, casi envolviéndolos a los dos, una imprecisa infinidad de mariposas multicolores celebrando con ella su perdido candor.

Recuerda que una de aquellas mariposas se le quedó parada sobre el vientre desnudo, plegó sus alas en un solo conjunto y desenrolló su larga boca tubular libando de su ombligo dulzuras recónditas; y recuerda también que Camilo tomó suavemente aquella versatilidad multicolor entre sus dedos y la dejó depositada sobre uno de sus pechos desde el que el animalillo elevó un vuelo desconcertado mientras los dedos de Camilo quedaban teñidos del polvillo brillante desprendido de unas alas profanadas.

Luego siguieron besándose sobre la yerba fresca, envueltos en el silencioso vuelo de todas las mariposas de su nuevo universo, hasta que la tarde disolvió el mundo de su entorno.

Siente que su cuerpo responde al recuerdo con un estremecimiento inolvidado. ¿Recordará Camilo la tarde de las mariposas? –se pregunta sin excesiva inquietud. Y, con la misma rapidez que apareció la pregunta en su cerebro, trata de borrar cualquier respuesta que le recuerde que Camilo se fue de este mundo hace ya demasiados años.

Es privilegio de viejos poder olvidar dolores –piensa reconfortada mientras dirige su mirada hacia sus nietos y los ve correr atropelladamente persiguiendo inexistentes por el fragante jardín de medio día.

-Feliz cumpleaños, Abuela –grita uno de ellos-. Y los otros se suman al coro:

-Feliz cumpleaños, abuela..., feliz cumpleaños, feliz cumpleaños.

¡Feliz cumpleaños! ¡Qué sabrán ellos...!

Una vez más siente la punzada de la vejez azuzándole, sin compasión, por unos segundos; pero enseguida consigue sellar nuevas paces con el tiempo. Al fin y al cabo es un año más que se embute en el bañador sin que el espejo le devuelva un cuerpo esperpéntico. Pero el cuerpo anda cansado. Se mira el estómago ligeramente abultado por los flancos. La curva de la cintura hace tiempo que empezó a hacerse convexa. No es cuestión de adelgazar –se dice-; es que las carnes, con los años, se descuelgan en cascada como si buscaran prematuramente el abrigo de la tierra. Se inquieta de nuevo y manotea el aire con su mano derecha como alejando los malos pensamientos. Luego se levanta de la butaca con cierta dificultad y se alisa la figura con un gesto tan mecánico como inútil.

Se acerca al borde de la alberca y, mientras camina, siente un zarandeo en la papada que le recuerda los pliegues con que se le ha abatido el cuello; antes el sol le tensaba la piel de la cara; ahora se la contrae en surcos paralelos dejándole marcas sin broncear que luego tiene que teñir con polvos oscuros.

¡Ah, maldita vejez!

Yo era como ella –piensa clavando la mirada en Carla, su nieta mayor, que vuela por el aire antes de que su cuerpo adolescente y longilíneo rompa la superficie del agua en un salto impecable. Pero nunca fui como ella; no, nunca fui así -sigue pensando mirando ahora a su hija María, la madre de Carla que, derrumbada sobre la tumbona, y con cara abotagada del ajeno del vermouth, apura indolente la enésima copa, sin querer darse cuenta de que el alcohol está arruinando antes de tiempo su huidiza juventud. Siente una ira repentina contra su hija que inmediatamente se torna en una inmensa compasión. Seguramente su hija nunca tuvo a su lado alguien que la besara el pecho con mariposas -piensa mientras mira a su cebado yerno que está, como siempre, leyendo la página de finanzas de un periódico atrasado.

Lo tienen todo menos mariposas –sigue pensando en una errática persecución de recuerdos. De repente toma conciencia de sus devaneos mentales y siente miedo de que también su cerebro esté enflaqueciendo con los años. Es el calor –se dice para sus adentros-. Quizá si se da un remojón...

Se acerca al borde de la alberca donde los niños levantan tormentas de húmeda alegría. ¡Ah, el verano. No hay época más hermosa!

-¡Tírate, Abuela!

Mira cómo los niños palmorean el agua, haciendo que el sol se repita mil veces en las mil salpicaduras que levantan, como momentáneos e inasequibles minúsculos mundos esféricos. En el borde más alejado de la alberca revolotean algunas avispas veraniegas; un poco más cerca dos libélulas invaden el espacio que los niños han despejado para que ella entre.

Es una pena. No quedan mariposas en el jardín.

-Venga, abuela, tírate.

Fue ella –piensa- quien les fue enseñando, uno a uno, a tirarse de cabeza al agua y es un orgullo verlos mejorar sus maneras año a año.

Afianza los pies al borde mismo y revive:

...La cabeza entre los brazos; ¡eso es!...¡No; así no!; eleva más esos brazos pero los hombros bajos... –¡oh, realmente esta postura es dolorosa!-. ¡Vamos, un poco más! ¡Así; eso es!

-¡Tírate abuela; no te lo pienses más... tírate!

¡Las rodillas! Hay que dejar las rodillas sueltas..., luego flexionarlas un poco e impulsarse con gracia hacia arriba..., enderezar el cuerpo..., tensar los pies y entrar en el agua como hacen las golondrinas al caer de la tarde: entrar de cabeza y levantarla hacia arriba inmediatamente como si fueras a levantar el vuelo...

-¡Abuela, tírate! Cobarde, la casa se te arde...!

-¡Tírate, Abueeeelaaaa...!

El año pasado fue el primero en que no se tiró de cabeza y... claro, si le das cuartelillo a la vejez, se te adueña del cuerpo y te lo entumece. ¡Uf! Hay que ver cómo duele la cintura con cada año que pasa. Es como si la pierna derecha renqueara...Siempre he renqueado de la derecha –dice mi yerno...

-¡Tírate... tírate...tírate, abuela!

Este año no voy a acobardarme otra vez- piensa. Afianza los pies en el borde mismo; mira cómo los niños palpitan entre brillantes chorreones de agua. El miedo no les puede. Son como mariposas de río, retozones y relucientes bajo el sol. ¡Qué inquieto palpitar de pieles nuevas; qué elasticidad de cuerpos vigorosos!

-Abuela, que es para hoy. ¡Tírate!

Eso es: primero flexionar las rodillas. ¡Oh, qué estructura más oxidada! Esta cintura...tendré que aumentar el calcio antes de que...

¡Bien, abuela! -escucha mientras va por el aire incapaz de controlar la entrada en el agua. Su pierna izquierda se le insolenta descomponiéndole la figura como si fuera una de sus antiguas muñecas de trapo.

-¡Bien..., bien, ya se ha tirado! –oye como en un ahogo de dolor.

Ella no se ha tirado realmente. Simplemente se ha desmoronado sobre el agua con un leve chasquido de su cadera izquierda. No quiere abrir los ojos. Es posible que se esté ahogando porque no encuentra aire con que llenar sus agotados pulmones. Se desorienta. Se hunde. Se acaba.

Alguien tira ahora de ella hacia la superficie haciendo que un amago de dolor le ataque a traición por la cintura obligándola a abrir la boca antes de tiempo. Se atraganta. Vuelve a ver el sol. Tose sin mucha fuerza para no reavivar el dolor semiadormecido mientras la echan sobre la yerba del jardín. Apenas es consciente de su entorno salvo en lo que atañe a la desarboladura de su pierna dormida en una extraña posición.

Hay que mantener las piernas juntas y rígidas al entrar en el agua –se regaña suavemente en un susurro...

–Sí; eso es muy fácil decirlo, abuela. Pero tu no lo has hecho... –es Ricardo, el más pequeño.

–¡Callate, niño!

–Seguro que María le ha soltado un sopapo por las bravas. ¡Ay, pobre María!, apagándose desde siempre antes de tiempo...Y este cuerpo...¿por qué la vejez nos vuelve como peleles?

Alguien trata de colocarle la pierna en su sitio. El dolor dura un segundo y se aleja con la misma urgencia. Pero su intensidad ha sido paralizante. Decide que solo va a mover los ojos. No importa que el cuerpo se acobarde. Va a olvidarse de este cuerpo traicionero sin demasiada pena porque le queda la mirada; una mirada llena todavía de luz y de vida sin necesidad de retoques de quirófano.

–Abuela, ¿por qué te has tirado tan mal?

–¡Cállate, Ana!

–Es que la abuela...

–¡Te digo que te calles!

¡Vaya por Dios! También le queda el oído; pero para lo que le vale... hay que ver lo secas que suenan las bofetadas en la cara de un niño y lo triste que es su llanto...

–Es la cadera. Se le ha roto– dice ahora una voz desconocida.

No volverá a tirarse de cabeza a la alberca –piensa con la mejilla apretada contra el suelo. Pasea la mirada a la altura de la yerba y se sorprende viendo a las hormigas hacer su agosto. La que tiene más cerca de la cara se parece a su yerno; tiene la barriga abultada y se desespera arrastrando un grano de trigo más grande que ella misma. ¡Vaya obstinación inútil!; espero que seas joven porque si no acabarás con la cadera descoyuntada como yorrumia con cierto regocijo maligno.

–Esto le va a doler –oye decir a la voz desconocida al propio tiempo que siente un tironcito de la pierna insensible.

No me dolerá. –Se rebela interiormente aunque la punzada le contrae por unos segundos. Le ha dolido al cuerpo. Pero ese cuerpo no lo reconoce como mío, -y trata de concentrarse en la fila de hormigas haciéndose cómplice de lo único que le interesa ya: la mirada.

–Un calmante- dice la voz desconocida. Pero apenas siente que le pinchan.

Endereza un poco la cabeza para volver la mirada hacia el cielo enrojecido. Debe ser ya tarde –piensa-. Muy lejanos en lo más alto del espacio planean los vencejos. Un poco más abajo, en vilo, como suspendido en el aire, un milano espía a las golondrinas que empiezan a venir a beber a la alberca...

Se asusta.

¡Venga, idiotas; no os dejéis coger; volad... volad, golondrinas! ¡Eso es!, los hombros hacia atrás; la cabeza protegida entre ellos, como si fuerais a

tiraros de cabeza a la vida. No dejéis que ese maldito milano os la arrebate. ¡Es tan corta! Es demasiado corta.

Los párpados le pesan y le emborronan el campo de visión. Quizá no debiera aconsejar a las golondrinas cómo han de volar. Son demasiadas y parecen voraces. Y comen lo que encuentran en su vuelo. Seguro que fueron ellas las que acabaron con sus mariposas y ahora andan errantes en busca de insectos con que calmar su hambre vespertina.

¡Ah, las mariposas de su infancia...! Ahora que lo piensa no recuerda haberlas visto elevar su vuelo a la altura del de las golondrinas... y las mariposas del soto del río de aquella tarde de Agosto... y Camilo con los dedos teñidos del oro efímero de las alas de las mariposas dibujándole amores en el cuerpo desnudo...

La mueven con cuidado. Siente que el cuello se le relaja y vuelve la cabeza hacia un lado. El fulgor de las flores del rododendro la arrastra hacia un mundo escarlata. Parpadea para recuperar la visión. Por detrás del seto descubre los ojos asustados del más pequeño de sus nietos cuya estatura apenas le alcanza para poder mirarla con una tristeza inmóvil. Sus miradas se cruzan y ella le guiña un ojo con complicidad para arrancarle el miedo de sus pequeñas pupilas. Entonces el niño sonríe al otro lado de la barrera vegetal y el miedo alza el vuelo desde las largas pestañas del pequeño perdiéndose por entre el enramado como si fuera una mariposa traslúcida.

Es justo en ese momento cuando ve la primera mariposa verdadera. Es dorada como la misma tarde y tiene manchillas marrones. De su boca cuelga desplegada la cánula que se posa sobre la mínima gota almibarada que brilla en el centro de una flor cercana. Siente que un regocijo de alas multicolores le inunda la mirada. Un poco más lejos son dos las mariposas que se persiguen como en inquieto arrullo. Acomoda los ojos a la distancia. Todo el seto, en fin, es un puro tremolar de mariposas que van desapareciendo según van alzando las parihuelas donde la han acomodado.

Apenas le dejan tiempo para dar una última ojeada a aquel resplandor de mariposas que se inquietan delante de la mirada redonda de su nieto y al abrigo del seto antes de que la sirena de la ambulancia comience su agonía.

Entonces lo comprende.

-¡Si habré estado tonta! Todo es cuestión de altura, Camilo. Cuanto más levantas la mirada del suelo menos ves. Es que las mariposas, Camilo, solo vuelan a la altura de los ojos de los niños y de los amantes –dice con voz pastosa.

-¿Qué dices, mamá? –la voz de su hija habla de desamparos malamente disimulados que solamente ella, su madre, puede adivinar.

-Está delirando –dice la voz desconocida.

-Pero es como si hablara con papá que en paz descansa –se queja María con su insegura voz alcoholizada.

-Los muertos no hablan –oye decir a su yerno con desprecio.

Qué sabrán ellos –piensa sin alcanzar a ver las últimas mariposas de su último verano.

Marineda 4 – 7 – 2004.

MANOLICO EL CIRRO

A Manolico le decían el Cirro porque era como un tumor de esos que asustan mucho pero no duelen nunca. Era cenceño como la mojama, austero, siempre enfundado en su pardo pantalón de pana y su amplio blusón de un negro descolorido por los soles de mil agostos, como los que aún llevan algunos huertanos en la Albufera de Valencia. Y, hasta donde me alcanza la memoria, siempre lo recuerdo viejo, aunque es posible que, desde mis ojos de niño, no supiera verle la mancebía que sin duda la tuvo por entonces.

Decían de Manolico el Cirro que, cuando lo de la Guerra, había sido un rojazo de mierda que había dirigido la quema de la Ermita de San Honorato y el expolio de los muebles de la Casería del Serpollo. Pero yo creía por aquellos tiempos que eso eran habladurías del Pueblo; porque mi Abuela no hubiera consentido mantenerlo de porquero toda la vida si hubiera sido él el que le alzó el ajuar dejándole la Casería como una patena, y, para más delito, aprovechándose de que ella, mi Abuelo y toda la familia, se tuvieron que ir a Madrid escapando de los Milicianos, que cualquier noche podían venir a sacarlos y volarles la tapa de los sesos junto a las tapias del Cementerio como estaban haciendo con todos los que tenían posibles o rencillas de linderos.

Yo, aunque tenía para mí algunas cautelas, nunca acabé de creer que fuera uno de aquellos rojos, de los que contaban que “pasearon” a los pudientes del Pueblo para apiolarlos sin más miramientos; creo que lo que de verdad puede decirse de Manolico el Cirro es que fue un descreído, que echaba votos cuando se torcía los tobillos triscando entre los peñascos del Cerro Campanil, donde llevaba a escarbar a sus marranos, y se cagaba en los santos cada vez que lo llamaban para una urgencia con las vacas de la Casería y tenía que abandonar a sus cerditos en mitad del barbecho.

Porque, aunque ya no fuera él quien pastoreaba las vacas como antes de la Guerra, según había dispuesto mi Abuela en castigo por pecados nunca confesados, nadie como él sabía encontrarle a las becerras el resquicio preciso en los ijares donde había que clavarle al animal un pedazo de caña hueca, para que pudieran escapar los aires dándole tiro a los vientos que amenazaban con reventarlo, cada vez que a alguna de las reses le entraba en las tripas el fermento de los tréboles sin poder echar las flatulencias en una buena pedorrera.

Bien pensado, de política nunca le oí referir ni para bien ni para mal. Alguna vez renegaba por lo bajo de las escaseces de avíos en los platos de los pobres, y de las fatigas de los menesterosos, que se deslomaban, de sol a sol, en la siega, o que tenían que sacarse las tiriteras del invierno con el arisco aguardiente de madroños silvestres fermentados que se apañaban como podían. Pero, si alguien le requería para que le fuera a porfiarle al Ama y, con sus buenas palabras, les enderezara el hambre o el quebranto de la riñonada, él se echaba para atrás diciendo con expresión socarrona algo que a mí me desconcertaba: “...que se lo tenían merecido por no habérselo ganado cuando estaban en coyuntura”. Entonces ellos amagaban la cabeza con desalentada resignación, como avergonzados de mirarle a la cara, y él rezongaba en una jerga ininteligible y echaba coplillas malignas de las que mi Abuela renegaba. Y los peones se ponían sombríos. Pero no cejaban en arrimarse al Cirro cada

tarde, cuando regresaba a las cochiqueras a encerrar su piara en los corrales más alejados.

Era como si todos los braceros de la Casería estuvieran esperando de él algo que él ya no estaba dispuesto a darles. Como si, inútilmente, aún persistieran en escuchar salir de sus labios algún remedio nunca perdido del todo y que solamente el porquero podía conseguirles. Pero él, si le importunaban más de la cuenta mentándole su poder con la Señora, apretaba los labios con arrogancia y cerraba la boca como quien atranca los portones de su casa cuando, por el invierno, se escuchan aullidos lobunos.

Decían que, por las noches, si se obstinaba con el aguardiente casero, acababa escapándose del cobertizo de las porquerizas y se subía a las peñas del Campanil, donde se había hecho un charnaque de cañas para librarse de la intemperie y del soletón de las siestas de Agosto mientras guardaba los marranos por el día. Y que si uno se arrimaba a su choza, cuando iba a ella por la noche, podía oírle llorar sus añoranzas como a un mocoso, renegando de los marranos y llamando a sus vacas, una a una, por el nombre que él mismo les había puesto antes de la Guerra y mucho antes de que mi Abuela volviera a darle el empleo de porquero al acabarse la Contienda. Y que el nombre que más repetía era el de la Lucera, la ternera que se murió tísica, debajo de las tapias del carril de la Casería, mientras el Cirro le iba masticando con su propia boca hojas tiernas de maíz recién cortado y le metía el amasijo entre sus dientes desganados. Pero yo lo único que oí de chiquillo, una noche en que me acerqué a la choza a husmear, fueron unos jadeos inquietantes que distinguí que no eran suyos sino de la María Juana, la que, según contaban por las cocinas, era su barragana, y a la que mi Abuela le tenía vedado el paso a la Casería por pendón y por algo más que por no consentir en casarse por la Iglesia como Dios manda, según decían.

Pienso que, por cómo lo vi yo siempre, el Cirro no debía saber llorar porque ni aquel apestoso humo de la picadura que se liaba en papel basto le arrancaba de sus contraídos ojos una mínima traza de humedad.

Reírse sí que lo vi reírse y de muy buena gana cuando, recién cumplidos los veinte años, le di la noticia de que me habían hecho Jefe de Sindicatos y que ahora podríamos hacer algo por los chiquillos de los cortijos; y que les íbamos a enseñar a leer lo primero de todo, después de llevarlos de vacaciones a los Campamentos. Sus carcajadas me sacaron los colores a la cara. Luego se puso serio y empezó con sus monsergas:

-¿Llevarlos al Campamento del Frente de Juventudes?, -me dijo mientras achicaba los ojos y se le ensombrecía la cara-, ¡Mire usted, Señorito: con todos mis respetos y sin faltarle! Si usted se lleva a los zangalitrones a holgar en esos sitios, le alza medio jornal a las familias. Y, allí donde una boca estorba menos de lo que arriman las manos, me pienso yo que no es *atinao* que hurgue usted, por muy *güena* que sea la voluntad que le muevan sus querencias.

-¡Pero, no seas cerril, Cirro!, -le dije entonces recomponiendo la cara-. Por lo menos, una vez al año, los chiquillos van a comer en condiciones, van a aprender a nadar, les van a enseñar modales, van a ver que existe otro mundo más allá de los linderos del Pueblo...

-Y, ¿me quiere usted decir, Señorito, -me cortó en seco-, p'a qué mierda vale, con perdón, t'ó eso? Si se les acostumbra el mondongo a pitanzas de

ricos se *gorverán escolimaos*³ y ya no querrán llenar la panza con los condumios que les pertenecen por nacencia. Y, cuando de grandes, no tengan de qué, se les arrodearán los pensamientos, y de seguro que se ponen a liarla otra vez como cuando la Guerra. ¿Nadar...?; éstos ya saben lo preciso aunque no tengan las maneras que usted y las señoritas se gastan en la alberca; que nadando -usted me dispense- más parecen *ust'és* sardinas arenques que prójimos *crístianaos*. Y modales, más le vale no perder los que tienen porque, en cuantico se aprendan a agarrar el tenedor en lugar de la navaja, ya me dirá usted cómo van a rebañar en el lebrillo si se les olvida el manejo de los sopones del pan *apañaos* en cuña p'a embarrilar el moje. Se me representa a mí que, si empiezan a aprender maneras ajenas, van a despropiarse de sí mismos y van a ser la irrisión de los braceros en cualquier butifuera⁴. Y *asín*, con las guasas contra los que reniegan de su clase, y con el vino de la holganza, que afloja las lenguas más dóciles, empiezan los navajazos que a luego acarrear a los mozos al Penal de la Mancha cuando no a que les den garrote.

-¿Y lo de leer? ¿Vas a negarme que enseñarlos a leer les va a quitar algo? -me defendí sin mucha convicción.

-¿Leer? ¿P'a qué quieren los chiquillos aprender a buscar en los papeles lo que la vida les deniega? Entre usted y yo, Señorito, y hablando de hombre a hombre, sin que se lo tenga usted que referir a la Señora, que usted ya la conoce: lo único que yo veo provechoso que puedan sacar de la lectura es atizarle en los morros al Cura ese, que se pasa el día en el cuartelillo denunciándole a los Civiles lo que escucha en el confesionario; que es que, p'a el Cura, cualquiera que lea sin venir de cuna, es un revolucionario. Si por él fuera, la mitad de los libros que quedan en el Ayuntamiento, después del expurgue que hicieron los de Falange, aún debieran haberse echado a la lumbre, como hicieron con *t'oos* los periódicos y los carteles tan preciosísimos de la República. ¡Ay, si usted hubiera *tení'o* edad p'a ver...!

Al Cirro no le faltaron razones que oponerme cada vez que quise hacer algo por los más chicos del Pueblo durante mis años mozos. Y Yo no encontraba nunca las razones opuestas para quebrar su tozudez. No había tarde que no me buscara la lengua, al volver a la Casería con sus cochinos. Era como si me tuviera una querencia muy especial. Pero, siempre que hablábamos, todavía se me antojaba que se reía de mí y que, en lugar de ser yo quien podía rescatarlo de su cerrilismo, era él quien me derribaba a mí de las quimeras que me consumían, bajándome a tierra de nadie. Me cautivaba del poder que aquel hombre ejercía entre todos nosotros. Era simplemente el Porquero de la casa, pero nadie le alzaba la voz ni le tenía un desaire. Los demás trabajadores por un extraño respeto casi perruno. La Señora, mi abuela, por alguna razón que todos conocían menos yo, y que a ella le arañaba en su interior haciéndole admirar y detestar la extraña dignidad que alimentaba a aquel sabio analfabeto.

Y yo... para mí fue el primer hombre que me inició para que comprendiera las sabidurías que están escritas en el cuerpo con mejores razones que en cualquier libro.

³ melindrosos

⁴ Fiesta con que se celebraba la finalización de la recogida de la aceituna. También llamada "Remate".

Fue en su choza del Campanil, una tarde en que el Cirro me engatusó para que fuera a ver la camada de la cerda albina que, según me dijo, había parido entre los carrizos de la charca de detrás de la cabaña. Y la moza que había dentro aquella tarde, cuando el Cirro desapareció del rellano en pos de su piara de cerdos, ya estaba bien enseñada de cómo meterme en la brega. Todo sucedió como debía suceder: sin pensarlo y sin enojos. Como lo más natural de la vida. Luego, mientras descansaba del primer arrebató, la moza me dijo:

-El Cirro dice que, en el frente, eso que hemos hecho era la única alegría que tenían los Milicianos; y la única que nos queda a los *probes* sin que naide nos la pueda afanar mientras nos queden alientos en el cuerpo. Y que los señoritos no sabéis disfrutar del cuerpo, pero que te enseñara yo tal que si fueras su hijo porque te tiene el mismo aprecio que si lo fueras.

Nunca había pensado yo que el Cirro pudiera tener o no tener un hijo propio. Ni siquiera se me había ocurrido lo que en ese momento se me vino a la cabeza y que la muchacha pareció adivinarme cuando siguió diciendo:

-Fue en el frente de Granada. Le atravesaron sus partes de un balazo y, aunque el tiro le funciona, tal parece que está falto de perdigones y que no puede preñar hembras; por eso se le dan tan bien las mujeres: porque les alivia pero no las enoja con barrigas sin marido. Por eso y porque no se emperra en arremeter a calzón *quitaó*; él *hace* y, al mismo tiempo, te tienta y te habla de una manera que enciende más que la lidia misma.

La forma astuta y sugerente de expresarse que utilizaba aquella muchacha la convertía ante mis ojos encandilados en un prontuario de inculta delicadeza. Y, por lo que contaba, había aprendido del Cirro las maneras con las que despertarte el cuerpo de sus recónditas fatigas.

-El Cirro me ha dicho que te lo hiciera porque ya tienes tiempo de saberlo; y que si es por la Señora -que a nadie se nos despinta su santería desde que se convenció de no poder ser más que santa- de seguro que acabas meando incienso por el mismo sitio que debiera servirte p'a lo que le sirve a los hombres. ¡Y, en siendo tan primerizo, bien que lo manejas!

-¿Y por qué te figuras tú que el Cirro, con lo arisco que es, me tiene tantísimo aprecio? -pregunté inquieto por cambiar de conversación-. Ella no me contestó directamente. Era como si me hablara en un jeroglífico premeditado:

-Si es que el Cirro, si hubiera tenido arrestos..., en lugar de mirarle la cara a la Señora tendría que haberle preñado a la hija antes de que se la llevara el Teniente aquel con el que se casó. Luego vino la Guerra deseguida. Y al Cirro le salieron las frustraciones contra los militares-señoritos, tal que como el que se llevó a la que él pretendía... y se le malogró el carácter... y se puso como se puso. Y se echó a tirar tiros contra cualquier uniforme nacional.

La sola idea de que Manolico el Cirro hubiera estado enamorado de mi Madre, hasta convertirse en un miliciano con las manos manchadas de sangre, me turbaba como si yo mismo fuera el culpable. Pero lo que no esperaba fue lo que me reveló finalmente la muchacha:

-De seguro que si la Señora Vieja le hubiera consentido a su cuerpo lo que se le pasaba por la cabeza cada vez que miraba la galanura del Cirro cuando era mozo, no se le hubiera pintado en la frente esa arrugadera que le descuella con tanto desagrado. La Señora, -Dios la tenga en su gloria-, según dicen no tenía ojos si no eran p'a el Cirro. Pero el Cirro no tenía ojos más que p'a la Señorita, tu madre que el Señor la tenga acogía en su gloria; y si la Señora Vieja no la llega a mandar fuera de la Casería..., ¡a saber de quien hubieras nacido tú!

Aunque en maneras..., más te asemejas al Cirro que al melindroso del Teniente que vino a hacer los consejos de guerra, hasta que lo encontraron *desangrao* y tieso en el fondo del callejón de la Rambla...

Me iba a alzar aturdido y enojado con la muchacha cuando sus entendidas manos me devolvieron al mundo de lo irremediable, sustituyendo las palabras por suspiros y quejas que me hacían crecerme por dentro y por fuera.

Allí pasamos la tarde, arrullados por la flauta de caña del Cirro, que nos llegaba desde lejos, a oleadas, como si estuviera guardándonos el sosiego de la brega. Según anochecía los ojos de la muchacha se iban encendiendo y eran lo único que brillaba por debajo de las estrellas que chispeaban por entre las cañas mal unidas de la cubierta de la choza. Poco a poco, con su inculta verborrea, fue haciéndome comprender retazos de mi infancia que nunca acababan de tener sentido para mí:

-La Guerra fue lo que salvó al Cirro; que si no se llega a armar la arma él y se pierde, de seguro, echándose a disputarle al Teniente las querencias de la Señorita. Pero, con los primeros tiros, en este pueblo no quedó un amo que tuviera más de una cuerda⁵ de tierra; que hasta las monjas, con no tener más que las baldosas del convento, alzaron el nido antes de que Dios las renunciara. Y los que no se largaron la espicharon tumba'os por los fusiles que se agenció el Cirro. Y, qué mal aborrecimiento no se le metería en el cuerpo contra todos los milicos, que dicen que ni p'a salvar el pellejo se resguardaba en la trinchera si tenía ocasión de agujerearle las tripas al de enfrente. Que hasta le dieron una medalla por valiente; pero él la enterró cuando entraron los Nacionales para que no se la vieran.

Hasta que se acabó la Contienda, y volvió la Señora Vieja contigo, con tus hermanas y con tu padre, el Teniente, que es lo único que le quedó después de enterrar a todos sus muertos. Y la Señora, ¡tan excesiva...! mandando sobre el Teniente y perdonándole la vida al Cirro; pero doblegándolo a guardar marranos si quería seguir en la Casería vivo. Y él mirándose en tus ojos que son los mismicos que los de la Señorita, según cuentan. Y tú, ¡tan chiquititillo...!; porque tus hermanas ya levantaban el pie del suelo. Pero tú..., parecías un mequetrefe *perdíó* de por vida entre tanto "detente bala", encajes y rosarios exculpatorios de malos pensamientos. Menos mal que el Cirro te quiso como un padre y te enseñó como lo que es: un sabio de la vida.

Aquella tarde, de repente, empecé a entender más de lo que había entendido en mis veinte años de vida. ¿Así que era verdad que, cuando lo de la Guerra, Manolico el Cirro fue el jefe de las Milicias? Pero, entonces, ¿cómo pudo librarse de uno de aquellos fulminantes consejos de guerra con los que se limpiaron los pueblos de la comarca de todos los rojos que no habían salido de naja camino de Francia?

Cuando se lo pregunté a él al día siguiente aún se empecinó en confundirme:

-Pues, le diré, Señorito: que ustedes y la Señora tienen en la casa lo que tienen porque yo me lo llevé a la mía p'a resguardarlo, cuando el Comité se metió en ella p'a constituir el Cuartel del Mando. Y, en luego que se terminó el conflicto, cuando la Señora volvió de Madrid ya viuda y con usted y las señoritas *güerfanicos*, mandó llamarme con un propio⁶ y me dijo: Cirro: cuando

⁵ Antigua medida de superficie equivalente a 84 m..

⁶ recadero de confianza.

quieras me acercas lo que te llevaste. Y yo: Señora: en cuantico me apañe unas mulas; que ya sabrá usted que escasean; que los *Nacionales*, cuando les pusieron cerco al Pueblo, nos obligaron a comérmolas p'a no *esmayarnos*. Pero si usted quiere, entre t'os los jornaleros de la Casa le bajamos a lomos los enseres que yo le he *guardao* durante *toa* la Guerra. Algo echará usted en falta, Señora... Que tuve que hacer repartos p'a que no arramblaran con el resto. Que los rojos ya se sabe cómo fueron. Pero lo esencial está; quita'os algunos *rególvares* de los que gastaba el Amo; y algunas sábanas de las de hilo, que eran *demasiáo* bastas p'a su persona; y algunos *teneores* de los de tres púas; y dos o tres facas de esas finas; que ya sabe usted que el oro y la plata la precisaron los del Comité p'a armarse contra el enemigo con perdón del Glorioso Ejército de su Excelencia; -cuando el Cirro se refería al "*Glorioso Ejército de su Excelencia*" algo cambiaba en su cara. Era como si otro ejército de minguillos⁷ hechos de odio y de guasa jugaran a perseguirse por cada una de las incontables arrugas de su curtido rostro-.

-Y la Señora, como usted bien sabe, Señorito, no consintió que su Padre, el Teniente que en Gloria esté, -o en los mismísimos infiernos a donde alguien de bien lo despachó; susurró sin poder reprimirse-, me tocara un pelo con sus Tribunales de Guerra; que sacó la cara por mí refiriendo lo fiel que yo le había *sío*. Y me empleó de porquero de por vida y yo que se lo agradezco, y le estoy *reconocío*, que por ella sigo vivo triscando por los montes con mis marranos. Lo único que me pierde *entoavía* es la añoranza de mis vacas. Pero la Señora empeñó su palabra con la Consola, la mujer del Múnicipe, p'a hacerla vaquera en mi puesto, y a mí me dejó en las cochiqueras lampando por las becerras que casi había *criáo* a mis pechos...que hasta que se murió la Lucera, la que le obsequié a su madre de usted según nació, los ojos se me hacía ascuas viendo a la Consola privarla del maíz verde que yo le arrimaba...Y cuando se murió la Lucera ya solamente me quedaba usted p'a mi consuelo...

Lo último lo dijo muy bajo; como si se le estuviera agarrando a la garganta.

Siempre sospeché que la historia del Cirro estaba amañada. Pero, desde la noche del Chozo, descubrí que la inmensidad del amor que aquel hombre había sentido por mi Madre era parejo al que mi Abuela había sentido por él. Y comprendí también que el castigo que mi Abuela le había inflingido por sus "deslealtades" era semejante en saña a la sumisión con la que el Cirro había aceptado la humillante venganza, con tal de estar al lado de lo último que quedaba de su pasión fracasada.

También entendí que lo que, por despecho, lo había convertido en un "rojazo de mierda", al final le había calado hasta los huesos, haciéndolo sentir en sus carnes la desazón de los desheredados de la Casería y los del Pueblo entero. Caí en la cuenta del porqué de la consideración de todos los braceros hacia el viejo luchador, vencido pero nunca sometido. Entendí la desesperanza de cualquier rebeldía contra un destino consumido en odios. Pero, sobre todo, conocí de primera mano la fuerza de un amor vivido más allá de los límites del tiempo.

Durante años me pregunté a menudo si el Cirro aún esperaba algo de la vida. Por eso, cuando llegaron las primeras elecciones de la democracia, me dediqué en cuerpo y alma a espiar a aquel viejo que, con más de ochenta

⁷ Pequeños seres imaginarios que forman parte de leyendas de Bedmar; (Sierra Mágina).

años, seguía enjuto y ligero como en sus mejores tiempos. Me lo llevaba a los mítines, lo sentaba en primera fila, y él se quedaba absorto, mirando a los oradores como si les estuviera tomando la lección. Por las noches lo hacía entrar en la casa para ver juntos la televisión. El repartía su húmeda mirada entre la pantalla y el retrato de mi Abuela que presidía la Sala, con sus ropajes enlutados y su cara retraída. A veces me parecía que ambos se sonreían, ella desde el retrato, liberada ya de sus miserias carnales; él desde su cara irónica de sonrisa pícaro haciéndole guiños como si le dijera:

-Verá usted, Señora, que la democracia se abre siempre camino aunque sea a destiempo.

Yo sabía que con el pensamiento se estaba vengando de todos los muertos que quisieron humillarlo. Por eso me sorprendía su falta de interés por lo que estaba pasando. Y por eso, aquella mañana, cuando intentaba escurrirse, aligerando el paso camino de su cobertizo en los corrales de las cochiqueras, para no ir al mitin de los comunistas, lo abordé una vez más, sin miramientos.

- ¿Nos vamos al mitin, Cirro?.

-Pues mire usted, Señorito, que el *ganao* que anda buscando asiento en el Ayuntamiento son como los de antes; que reniegan de los suyos y que lo que quieren es vestirse de amos; que ya me resulta una cansera tanto *chillío* y tanto desafuero de esos muertos de hambre con pretensiones de piojos *revivíos...*; que por aquí *toos* nos conocemos.

-¡Venga ya, Cirro! Pongamos las cosas claras. Si te has pasado la vida lampando por la democracia desde que fuiste el Jefe de los Milicianos, -y no me lo vayas a negar-; ¿se puede saber qué mosca te ha picado para que sigas disimulando ahora que puedes...?

-¡Que puedo! ¿Qué es lo que puedo? ¡Pues no ha visto usted a Juanillo el Ruinas, que *ende* que se le apetece ser alcalde me evade el saludo por si lo relacionan con lo *olvidao* y le mientan las cosas de la Guerra!, -me cortó secamente con una rudeza que nunca le había conocido. Luego, suavizando la voz, me cogió por el brazo y me arrastró hasta el corral de los marranos como si en ello le fuera la vida.

-Mire usted, Señorito. Los de los mítines de ahora son como mis marranillos. Vea usted mismo cómo gruñen *toos*: ñiec...ñiec...ñieccc.... Ahora, echo mano al morral y espurreo trigo por mi delantera... Repare usted bien que, a los que les alcanza la *alm^oorzá*, ya ve usted cómo se acallan y se echan a embuchar grano. Y los de *adetrás*, a donde no llegó el cebo: ñieccc..., ñieccc, ñieccc; ¡cada vez con más rabia!. Pero si echo mano al morral y salpico trigo p'a *toos*... ¡se acabó la *gruñiera*!. ¿Lo ve usted, Señorito?; éstos y los de los mítines parecen de la misma *camá*; hijos de marranas albinas, que ni saben buscarse las bellotas p'a no fenecer. Y yo ya no tengo riñones p'a agacharme a cebarlos.

- ¡Cirro!, -grité escandalizado.

-Lo que yo le diga, Señorito, -porfió encabezado-, eche usted en el morral trigo p'a *toos* y los *quejíos* de los mitines se atemperan como se aplacan mis marranos cuando se llenan la barriga. Y si no, que venga Dios y lo vea.

-Pero ¡Cirro! -volví a balbucear en el colmo de mi estupor-; ¿tú mentando a Dios?

-Es, por si un suponer, Él existe como decía la Señora; p'a que no le haga caso a ella si, con la ojeriza que me tomó, le va con el cuento de que soy un

⁸ Almorzada: cantidad de algo que cabe en una mano.

condenao sin creencias; y p'a que no se le olvide emplearme, aunque sea de porquero, en el mismo sitio donde haya puesto a la Señorita, p'a que pueda mirarla siquiera sea *ende* lejos, como miraba a la Lucera cuando ella ya no estaba...; y poder hacerle flores de maíz por las tardes, cuando le entren las hambres, igual que le daba maíz fresco a la Lucera cuando no me miraba la Consola.

Porque, bien *pensao*, Señorito... ya va siendo hora de echarme a holgar al otro *lao* de la vida ahora que ya lo tengo a usted bien *críao* y bien *aprendío*. Y va llegando el tiempo de irme p'a arriba, *onde* de seguro que no hay ni amos ni braceros con un existir *separao* por su cuna, -dijo levantando su mano encallecida hacia un cielo demasiado luminoso para sus ojos que, aunque nunca hubieran llorado, seguro que estaban demasiado cansados de ver todo lo que tuvieron que ver.

Gaviola

LA MOCICA VIEJA

La noche de la riada no pasó entre ellos nada de lo que se figuraron en el pueblo que tenía que haber pasado, pero a Ella nadie volvió a mirarla de frente ni a ponerle buena cara y, aunque era la moza mas vistosa de los alrededores, ningún mozo volvió a pretenderla. Él, después de ausentarse unas semanas para ladearse de las habladurías, volvió con la cabeza gacha y empezó los peregrinajes hasta los aledaños de la casa de Ella, rondando su puerta a deshoras, cuando el personal no podía verlo; pero no se sabe bien si la rondaba para afrentarla o porque era un calzonazos como se corrió entre el vecindario; que no está bien que quien desnuda a una mujer antes de las bendiciones haga la pifia de vestirla de novia. Algo de vergüenza le quedaría cuando no se casó con ella.

Después de más de sesenta años, pocos recuerdan el porqué, pero a Ella le siguen negando el saludo por la calle. Y a sus ochenta años la siguen mentando como “la mocica vieja” cuando es que no la llaman “la malparida”. Él, que está ya más seco y retorcido que un sarmiento, sigue aperreado, trepando cada madrugada, como puede, la empinada cuesta que sube hasta la casucha de la vieja sin que nadie sepa muy bien a qué va allí todavía.

*

La riada les pilló de sorpresa, como siempre pasa: que crece el río y merma la vega hasta dejar el pueblo aislado en medio de una lengua de tierra rodeada por dos brazos de aguas revueltas, tan salvajes que ni bestias ni cristianos intentan trasponerlas durante horas. Y si alguien lo ha acometido no está vivo para contarlo.

Estaban en la Serrezuela amontonando granillo de lentisco para los marranos de la Casería de los Rodrigones y, cuando el encargado les permitió dar de mano, Ellos no repararon en aquellos nubarrones que rompieron a asomar por encima del Pico del Aire. Cuando rompió a lloviznar, en lugar de aligerar la marcha empezaron a remolonear, para poder hablarse camino adelante, rezagándose de la cuadrilla hasta que la perdieron de vista. Antes de llegar a la Cruz del Diablo el aguacero se desató con violencia y a traición y, cuando quisieron darse cuenta, el río tronaba amenazante a su alrededor haciéndose el amo del entorno y tragándose la vereda que llevaba al pueblo.

Echaron a correr abrazados, chapoteando en el barrizal hasta llegar al otero del Lavadero Viejo donde se cobijaron entre risas entrecortadas y manoseos casuales que se acabaron antes de que se dieran cuenta. Y allí pasaron la noche sin pegar ojo: Ella agazapada detrás de sus aprensiones que brotaron con más furia que la cellisca de afuera cuando Él metió su mano más allá de las contornos de la falda, y Él con su hombría menguada por los arranques de malquerencia con que Ella le había acorralado, cuando cayó en la cuenta de que tendrían que pasar una noche entera solos, juntos y debajo del mismo techo.

*

Lo que ella parió muerto antes de que se cumplieran los seis meses desde la riada no era de Él. Y Él lo sabía mejor que nadie, se dijera lo que se dijera por el pueblo. Quien de verdad la preñó fue su propio padre cuando, después de que se retiraran las aguas, los dos mozos volvieron con las

cabezas gachas y los ropajes salpicados de fango, como si se hubieran revolcado en el lodazal de la tormenta. Lo primero que hizo su padre al verla fue quitarse el cinto y darle con él una paliza allí mismo, en el rellano de la casa, a la vista de todo el vecindario, para que todo el mundo pudiera ver cómo lavaba un hombre su honra. Después la arrastró de los pelos hasta la alcoba del fondo del chamizo que tenían por casa, le arrancó los sayos todavía chorreantes hasta dejarla con las vergüenzas al aire y, tirándola sobre el camastro, se echó sobre ella rugiéndole y escupiéndole encima su rabia dolorosa de una manera que parecía salirle de más abajo de las tripas:

-Te he considerado mas que a nadie toda la vida, como la hija que eras, desde antes que perdieras la primera sangre, ¡tal que como Dios me mandaba!, y eso aunque se me subieran los humores patas arriba y se me abrieran las carnes viéndote las tuyas enseñarse por ese descote de pendona que te gastas desde que tu madre, que en gloria esté, la espichara. ¡Tú no eres una hija! ¡Ca...!. ¡Tu eres una zorra!; ¡un pendón que me has deshonrado a los ojos de nuestros paisanos más que si le hubieras escupido a la mismísima hostia! Pero no te creas..., que si otro te ha catado antes que yo, ¡por mis muertos!, que yo he de mojar también en ese plato. -Y, con un berrido sobrehumano, se arrancó los calzones y se hincó en Ella con una saña pareja al respingo frenético con que se alzó, muerto de espanto, al tropezarse con el obstáculo de su integridad todavía intacta y sin estrenar, no sin antes dejarla germinada.

El aullido que salió de su garganta cuando vio llenarse el fondo del camastro con la sangre del desgarró de su hija sacudió la casucha y retumbó por el pueblo con la fuerza de un barreno. Luego salió corriendo por las calles y Ella nunca más volvió a verlo.

No había pasado una hora cuando, tras las esteras de la ventana, oyó los reniegos de la gente, zumbando como un panal de avispa, que su padre se había colgado del álamo del camino del cementerio, "...para lavarse las vergüenzas que la mala hembra de su hija le ha echado a la cara...", -oyó cuchichear a alguien-. Pero para entonces ya no le quedaban fuerzas ni para echar una lágrima. Bien sabía Ella que lo que colgaba del álamo era la expiación del desnaturalizado que le había roto su telilla. Pero la gente -pensó- siempre se hace sus figuraciones y, cuando se echaban a murmurar, no había nacido quien pudiera doblegarles los malditos pensamientos ni callarles la mala lengua ni apagarle los rencores.

Desde aquel día nadie le dirigió una mirada de frente ni volvieron a hablarle si no era para maldecirla. Ni siquiera Él le dirigía la palabra cuando, de madrugada, le rondaba la casa mirándola como si la fuera a fundir.

Cuando, seis meses después de la noche del Lavadero Viejo, le vinieron los dolores, se los aguantó más de dos días, agachada en el fondo de la miserable alcoba, hincando los dientes en un hitajo⁹ retorcido cada vez que le apretaba aquella quebradura, y secándose las sudores con un pico del mandilón, hasta que, enloquecida por los retortijones, se echó calle abajo, camino del hospitalillo al que no pudo llegar porque, dos a tres casas antes, le subió desde la barriga un espasmo tan rabioso que tuvo que tirarse al suelo y

9

allí mismo, en mitad del polvazo del callejón, soltó lo que nunca debiera haber llevado en las entrañas.

Nadie se acercó a socorrerla y ella misma, con esa desdichada sabiduría natural con que nacen aprendidas las hembras, se retorció sobre sí misma y partió con sus dientes lo que la unía a aquella masa sanguinolenta y carente de cualquier pálpito de vida que ya se juntaba con las aguas y los desperdicios que apestaban en mitad del arroyo. Luego, como pudo, desando el camino hasta su casa encogiéndose para amortiguar el dolor y la vergüenza, dejándole a la gente a sus espaldas la demostración inmunda de su publicada perversión.

¡La malparida! Así la mentó la primera comadre que presenció la calamidad. Así la llamaron desde entonces, y así la siguen llamando a sus ochenta años, cada vez que se asoma al rellano de su casucha buscando una migaja de sol para templar sus huesos doblados y doloridos, tanteando el suelo con el cayado sobre el que apoya lo poco que va quedando de ella y las muchas penas que la consumen.

Por las noches, cuando menos gente puede verlo, Él, que ya está también retorcido y arrugado como higo en pasero de invierno, llega arrastrando las abarcas por el empedrado de la calle, y aún le sigue arrimando algunas hortalizas de su huerta, y dos a tres huevos para la semana. Y, en el tiempo de los pájaros, le acerca un sartal de zorzales con que festejarse y le llena el cántaro en el venero de la placeta para que su vieja no se le seque de sed. Y por el invierno hasta le trae unos leños y algunos pedazos de toza y le enciende la lumbre en las peores noches para que no se le hielen los huesos.

Luego se vuelve a su propia casa despacio...; despacio... como un alma en pena.

Pero tampoco Él le dirige la palabra desde el día siguiente a lo de la noche del Lavadero Viejo. Porque no le perdona que le hiciera tanta resistencia aquella noche diciéndole que era mocita todavía cuando todos pudieron ver que no era una buena mujer y que ya la habían estrenado. Y a Él, aunque se le viene partiendo el alma desde toda la vida, no le afrenta una hembra ni que se le quiebren las asaduras de pura pena.

Ya no le echa cuentas como antes a lo que le dicen en el pueblo. ¡Putero! ¿Qué sabrán ellos de lo que nunca pasó en el Lavadero Viejo? ¡Calzonazos! - Sus buenas razones tendrán para llamárselo si no ha tenido arrestos para olvidarla- piensa cada vez con menos desespero.

Cada madrugada, antes de irse, y por si esa noche es la última ojeada que le echa, se vuelve a mirarla allí sentada en la endeble mecedora del zaguán donde parece que pasa todas las horas de su vida. Encorvada y quebradiza como una caña seca. Le gusta verla así de vieja, así de mala, así de hundida.

- ¡Así de amada!

-¡Que Dios me maldiga y maldiga a toda la casta que no he criado por seguir queriéndote! -piensa mientras la mira desde el velo de tantos años cegados en lágrimas-. Luego la maldice también a Ella y se va, noche tras noche, cuesta abajo, tropezando torpemente en sus penas de siempre.

Él lo que peor lleva es que, cuando no la llaman la mal parida, le llamen “la mocica vieja” .

-Porque mocica..., lo que se dice mocica..., -murmura dolorosamente, como en un quejido, mientras siente que le sigue llorando el alma como el primer día-dejó de serlo hace mas de sesenta años.

-¡A saber con quien!, -dice ahora en voz alta al tiempo que se sobresalta asustado, como cada vez que se oye hablar sólo.

M^a Socorro Mármol Brís
(Gaviola de Aznaitín)
Marineda 26 Abril 2002

EN VALENCIA.

(Certificada pero sin acuse de recibo).

Querida hija:

No voy a andarme con rodeos. Estoy en Valencia. O, por mejor decir, Don Valerio y yo estamos en Valencia. Sí, Don Valerio; el Maestro-Escuela de Salinas. Estamos juntos. Pero no con uno de esos viajes organizados para viejos. Estamos los dos solos, viendo cómo se le suben las colores a la Albufera por la tarde, Dios sabrá de qué vergüenzas de lo que tiene visto.

Hemos escuchado vuestro anuncio en la radio, en eso del “Servicio de Socorro de Radio Nacional” y, aunque no termino de discurrir a qué viene tanta preocupación, te escribo seguidamente. De verdad que después de tantos meses en la Residencia sin noticias vuestras no esperaba que nos publicarais como a los desaparecidos por tres días que hace que faltamos. ¡Lo que tiene una que ver! Cuando las hijas de Don Valerio y vosotros, con las habladorías y las rencillas, no podíais ni miraros a la cara. Y ahora, con lo del anuncio de la radio, parecéis uña y carne mentando a vuestros viejos y publicándonos como si fuéramos dos coplas dedicadas.

Hablando de la radio, sabréis que ha sido oyéndola como nos entró el regomello de hacer lo que hemos hecho. Ya habréis oído que los del Gobierno han dicho que los viudos no vamos a perder la pensión si volvemos a casarnos. Y a eso hemos venido Don Valerio y yo a Valencia, a casarnos. Bueno, ¡ya lo he dicho! Y me entra la risa, -perdona, hija-, figurándome tu cara con lo mirada y melindrosa que tú eres.

Que Don Valerio y yo nos quisimos de mozos ya lo conocíais y de ahí vinieron en el Pueblo, como sabes, los desaires entre la familia de tu Padre, la mía y la de Don Valerio. Él y yo que éramos de los pocos que teníamos algunos estudios, así que “cada oveja con su pareja” que rezongaban los míos, como se decía antes. Que “mujer leída no podía ser buena” que decían los de tu Padre; y que “plato de segunda mesa era malo de catar” porque catado estaba, le decían a tu Padre los amigos cuando se juntaban y hablaban de mí.

Sabiendo eso no te extrañará que estuviéramos en boca de todo el mundo porque haber vuelto a hablarnos últimamente, a destiempo y como en una chochez vergonzosa.

Lo de todo el mundo es mucho decir. Me refería a ese “todo el mundo” que es una Residencia de Ancianos. Y ahí en el Pueblo..., que ya sé las murmuraciones que habéis tenido que apechar tus hermanos y tú, y las hijas de Don Valerio. Pero te juro por todos los de mi sangre que mientras estuvo vivo nunca le falté a tu Padre que en santa gloria esté ni con el pensamiento. Don Valerio y yo tonteamos de mozos; para qué lo vamos a negar. Pero nos empezamos a olvidar como pudimos cuando se fue a la mili y se reenganchó de voluntario todas las veces que le dejaron para poder comer caliente -que en el Pueblo no encontrabas ni nabos en los malditos años del hambre-. Y nos terminamos de olvidar cuando volvió con la cartilla de licenciamiento y yo ya estaba bien casada por la iglesia. Que encima tenía que agradecerle a tu Padre que me matrimoniara habiendo estado de novia con otro antes que con él. Ni mirarnos a la cara de cerca le consentí a Don Valerio cuando llegó. Y bien que mas de una vez se fijó de lejos en los verdugones que me dejaba en ella la

correa de tu Padre cuando lo malmetían en la Taberna y le agarraban los celos en una de sus borracheras; o cuando se jugaba el jornal al tute en una sola tarde y teníamos que comer de fiado el resto de la semana hasta que le pagaban. Lo malo era cuando se juntaban dos o tres semanas sin cumplir con la cuenta de la tienda y no querían fiarme. Entonces me tundía de una manera.... Tú te recordarás, ...que ya eras grande y alguna vez recibiste por meterte de por en medio.

– Mira, María, -me decía la Tendera con ojos de lástima-, si fuera por ti te daría de fiado por un año. Pero, hija, con ese “chalao” de hombre tuyo tendrás que entender...

Yo me iba calle abajo con el miedo metido en el cuerpo, cavilando en qué ponerle en el plato para que tu Padre, mal que bien, llenara el estómago y se olvidara de la correa. Pero ya no le echo cuentas a aquellos años de vapuleos y de hambre; bien lo sabes tú; y, como te digo, que Dios lo tenga en su santa gloria.

Cuando te porfié para que me trajeras a la Residencia porque la casa se nos estaba quedando chica, -que mira que has parido hijos-, y cuando, desde la ventana de mi nuevo cuarto, te vi de irte el primer día, se me partió el corazón teniendo que apartarme hasta de las cosas mas insignificantes que había tenido en el mundo. Pero, como te dije, los viejos nos volvemos demasiado chinchosos. Y un poco sucios; para qué lo vamos a negar. ¡Si yo misma me huelo el tufo de la vejez cuando arrimo la nariz a mis manos! Para qué vas a castigar al mocerío con tu presencia, -me decía cada día que pasaba en la casa-. Por eso tentaba las cosas tantas veces; me estaba despidiendo de mi mundo.

Por lo menos en la Residencia, todos juntos, parece que nos prevalecemos mejor de nuestros achaques porque siempre hay alguien peor que tú. Tan peor que en los años que he estado allí no pasaban tres días sin que alguno de los compañeros dejara de sentarse en el comedor a la hora del desayuno. Pero sabrás que ninguno preguntábamos, porque por adelantado se nos alcanzaba la razón de la ausencia. Alguno de los que llegaban nuevos y no conocía el cada día siempre se le escapaba la pregunta. Pero después de la primera vez nunca volvía a averiguar. ¡Si supieras lo deprisa que aprendemos los viejos y lo poco que queremos saber de la muerte! Ya lo apreciarás tú si Dios te da vida; que así sea.

Pero me estoy retirando de lo que quería decirte en esta carta. En eso tenías razón de enojarte: que nunca he sabido ir al grano cuando quería mentar algo. Será por el aprendizaje de tantos años, por lo difícil que era entrarle de frente a tu Padre, que Dios guarde en su gloria, sin que te soltara un sostrazo. Como te decía, no teníamos en nuestros cálculos Don Valerio y yo el que la vida nos juntara finalmente en la Residencia; será que el destino lo dispuso así para que a los dos nos dieran plaza en ella y aliviaros a vosotros del quehacer de cumplir con los viejos y a nosotros de la pena de no tener sitio entre los jóvenes en nuestras propias casas.

Vernos y encenderse el antiguo querer fue la misma cosa; que a los viejos, aunque no te lo creas, nos bulle el corazón con mas apremio que a los que tenéis tanta vida por delante. Y si no nos hemos casado antes fue por lo de no perder la viudedad; por no privaros a vosotros, que tantas bocas tenéis que tapar, de lo que queda de nuestra pensión después de pagar la Residencia. Además, ¿de qué íbamos a vivir los dos? ¡Mira que era tener mala sangre

quitarle a los viejos la pensión si volvían a casarse! Si tú supieras cuántos viejos he visto queriéndose a escondidas en aquella triste casa donde nos tienen apartados como espuelas, y con el miedo royéndoles los entresijos por si los dejaban sin los dineros y sin tener que echarse a la boca si perdían su pensión... ¡Cuántos se hubieran casado si.... ¡Ay!, perdona otra vez que ya dejo de desbarrar y sigo.

Pues te diré que cuando han radiado lo que ha dicho el Gobierno, que ya no nos quitan la pensión, nos hemos figurado volver a lo que nunca fue y no hemos querido esperar mas. Ni tampoco queríamos seguir arrinconados como capachos viejos.

Como ya te conozco tú me dirás que, a fin de cuentas, juntos estábamos en la Residencia y que qué necesidad teníamos de dar el campanazo. ¿Para qué vamos a menear el agua ya remansada y enturbiarla otra vez; verdad, hija? Lo que no puedes comprender todavía hasta que no empiecen tus huesos a helarse como los nuestros es el frío que se te mete por el cuerpo en la soledad de las larguísimas noches sin sueño de la vejez. Cuando por las noches teníamos que irnos cada uno a nuestro cuarto Don Valerio y yo nos mirábamos sin hablarnos ni siquiera, preguntándonos con los ojos si al día siguiente nos juntaríamos para tomar el desayuno o si nuestra silla sería retirada discretamente de la mesa por la mañana. Y tenías que haberle visto cómo se le eclipsaba el mirar. Así que ya sabrás por qué nos hemos casado: para poder darnos por las noches un poco del calor que nos queda. Y para morirnos juntos si podemos.

No te sofoques, hija; ya se que siempre has dicho que con los años se me estaba perdiendo la vergüenza en la lengua, pero aunque sea una vez, y por carta, para no cortarme con lo que tengo que decirte viéndote ese mirar calcado del de tu Padre que en paz descansa, tengo que referirte las cosas como son y como las siento.

Don Valerio y yo, que tanto hemos esperado, no vamos esperar ahora a la muerte sentados en la puerta de nuestro cuarto, mientras el cuerpo se nos dobla como si buscara ya la tierra. Queremos salirle al encuentro, cruzarnos con ella por el paseo y por la plaza del pueblo, echarle el último pulso y poderle hasta que ella nos pueda.

Nos hemos casado y nos hemos venido de viaje de novios viejos a Valencia, a una pensión junto a la Albufera, donde las puestas de sol, por las tardes, tienen la misma mansedumbre de nuestros años y el mismo color que nuestras tristezas. Aquí nos estamos gastando lo que el pobre ha podido retirar de lo que sus hijas querían darle de lo que era suyo cada mes y lo que yo sacaba vendiéndole pañitos de ganchillo a los familiares de los otros viejos. ¡Con lo que a ti te desazonaba y te afrentaba mi comercio miserable!; ¿o te piensas que no me daba cuenta? Pero, bien que te callabas cuando te daba para los reyes de tus hijos o para unas medias de nailon por la feria del Pueblo. Bueno, vamos a dejarlo así; que ya no me quedan muchos alientos para gastarlos peleándome contigo. Y menos ahora que estoy como reviviendo.

Aunque te de el último sofocón, lo que sí tengo que decirte, que ya lo hemos hablado mi marido y yo, -perdona, hija, que se me llene la boca por una vez en la vida-, es que nos vamos a ir a vivir a la casilla que Don Valerio se compró en la Rambla. Esa que está cerrada desde que él se fue a la Residencia y que ninguna de sus hijas ha querido porque no tiene corral donde meter las bestias y porque la alcoba y la sala son la misma pieza. Esa que tu

Rogelio quería comprarles por cuatro cuartos porque decía que parecía un piso de capital. Pero vaya una cosa por otra. No tenéis que desazonaros por el pico de mi pensión que te quedabas tú después de pagar la Residencia; que con lo que ha acordado el Gobierno de no perder las pensiones podremos vivir mi hombre y yo con lo que le pagábamos cada uno por la estancia y aún ahorrar unos duros nosotros que tan poco necesitamos ya y que de tanto hemos carecido; y arrimaros ese remanente que siempre te quedabas de mi pensión. ¿O te pensabas que no lo sabía? Pero tampoco por los dineros no vamos a pelear a estas alturas, ¿verdad, hija mía?

Una cosa quiero pedirte: que en cuanto recibas esta carta retiréis de la radio la proclama; porque verse publicado, aunque sea a la vejez, es como si te afrentaran.

Y hablando de afrentas, ya lo sé; que la primera noche que pasemos en el Pueblo nos darán de madrugada la cencerrada que le echan a los que se casan de viudos viejos; pero mi hombre y yo la oiremos juntos, arrebuados en nuestra cama; y te juro que nos sonará como si fuera la serenata que no pudimos tener de mozos.

En lo que estás confundida, hija, es en la ropa. Ya no visto “bata negra y zapatillas de paño a cuadros”, que era lo único que tenía en la Residencia. Mi marido, para la boda, aunque fue humilde y en misa del alba, me compró una saya de florecillas malvas y grises, unas medias de cristal, una toquilla de lana y unos zapatos de piel como los que llevé una vez en la feria del Pueblo el año antes de irse a la mili. Y hasta velo de gasa llevé a la boda aunque negro como me corresponde.

Para acabar quiero pedirte que no te amargues por lo que vayan a decir tus hijos. O por lo que tú tengas que referirles. Ni siquiera por lo que tengan que oír. Yo que tú les diría, -para cuando puedan comprenderlo-, que quererse es mejor que pelearse, aunque les hayan enseñado que en lo de quererse hay mucho pecado. Y aunque uno tenga que quererse con un pie al borde de la fosa. Ahora estoy sabiendo, hija mía, lo que es un apego de verdad. Como verás siempre hay tiempo para aprender cosas, y para que la vida se enmiende.

He tenido que hacerme vieja para saber lo bueno que es tener un compañero. Te deseo, -y que Dios me perdone-, que el tuyo se te cruce en la vida antes de morirte... Y perdona si me percaté a destiempo, poco antes de pedirte que me llevaras a la Residencia, de que el Rogelio te había salido tan bravo como a mí tu Padre. ¿Y qué podía hacer si no era irme de la casa antes de que yo le partiera la cabeza o él a mí me partiera el alma encima de tus lomos? Ahora ya sabes lo que tenías que saber.

Y sin mas que decirte se despide tu madre que lo es y que te quiere.

Gaviola de Aznaitín
Marineda 9 de Diciembre de 2001.

EL PERRO QUE TENÍA UN NOMBRE EQUIVOCADO

Madre tenía una perrilla pequeña que parecía un pellón de lana de oveja recién cardada. Se llamaba BlancaNieves.

Aquella cachorrilla le alivió los desamores de toda su vida, las soledades de una prematura viudez y los dolorosos silencios que poblaron nuestra casona cuando nosotros nos fuimos primero al colegio, después a nuestras tareas de adolescentes y, finalmente, a nuestros quehaceres urbanos que ya nunca nos dejaron tiempo para volver al Pueblo.

Madre, en su soledad, re-conoció el amor en los cálidos lengüetazos de BlancaNieves y se alivió muchas veces el llanto furtivo enterrando su cara envejecida entre las lanas del animalillo.

Desde que BlancaNieves, su perrilla faldera, se le murió de parto, el corazón de Madre, que estaba ya sobrado de desolación por dentro y demasiado maltratado por fuera, le fue perdiendo el apego a las cosas. Era como si se estuviera despidiendo de ellas. Pero, sobre todo, evitó con obstinado empeño volver a tomarle cariño a ningún animal y ahuyentaba de su lado a cualquier perro que se le acercara con ademanes tan enérgicos como expresivos que adquiría todo su poder dentro de las cortas entendederas de los chuchos cuando les gritaba aquel sonoro y rotundo:

- ¡TUSO!

Madre, creo yo que para no importunarnos, aparentaba haber dejado de sentir interés incluso por nosotros enclaustrándose en su vieja y solitaria casona tan llena de recuerdos como vacía de todo lo demás. Y, si alguna vez venía a visitarnos, nunca era por Navidad o por cualquiera de esas celebraciones en que la familia tiene la obligación de ser feliz a fuerza de trabajar como burros para los que llegan de fuera.

-Un viejo debe saber retirarse a tiempo y subirse al desván cuando los jóvenes empiezan a sacar del arca los vestidos de domingo. O meterse en la cocina a prepararles la talega a los convidados-, murmuraba en voz baja, con desánimo, cuando iban llegando las fiestas y nos alargábamos por unas horas hasta el Pueblo para hacerle la visita de cumplido con la que nos tranquilizábamos la conciencia para el resto del año.

Madre, por fuera, parecía un témpano de aristas hirientes y afiladas. Era hosca y malhumorada; taciturna y sigilosa. Como si permanentemente estuviera escondiéndose para pasar desapercibida. Pero siempre permanecía alerta, dispuesta a fundir a quien la lastimara dirigiéndole aquella mirada suya, azul y apasionada, por la que se le escapaban a su pesar todas las emociones y todo el amor que había tenido que acomodar malamente en un rincón de sus recuerdos. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido a tragarse en silencio sus propias emociones a fuerza dolerse de los desaires de Padre. Nunca

consiguió olvidar lo que él le espetaba cada vez que, candorosamente, se había abalanzado a besarle con el retozo y la frescura de sus años jóvenes:

-¡No seas encimista, mujer!. Sabes que si hay algo que me fastidie es que caigas en esas exhibiciones ramplonas que no son otra cosa que chabacanerías de criadas.

No sé si fue de repente o si Madre dejó de amar al mundo entero poco a poco, a fuerza de ir guardándose para sus adentros un temperamento apasionado que le quemaba el alma y que la consumía. Lo que sí sé es que Madre, cuando más crispada parecía, se ponía a acariciar a su perrilla BlancaNieves de una manera que me hacía recordar días demasiado lejanos como para poder precisar el origen de mi nostalgia.

En algún lugar de mi memoria hay una especie de confusa añoranza del inicio de mi vida; mucho antes de que sucediera la desgracia de lo de Padre. Incluso antes de que empezaran a nacer mis otros hermanos. Es como si alguna vez, en mi borrosa casa de entonces, hubiera habitado la ternura.

La verdad es que en la casa que yo recuerdo, entre tantos hermanos como fuimos, no hubo demasiado amor. Eso, -decía Padre-, eran simplezas propias de gente ordinaria. Lo que sí abundaron fueron los reproches, los desdenes y demasiadas órdenes inapelables cuyo incumplimiento, fuese quien fuese el trasgresor, me llenaba de un pánico irracional hacia aquel hombre hasta el punto de enfermarme físicamente.

Por eso el cariño que Madre le tuvo a su perrilla BlancaNieves me pareció siempre como una bocanada de aire fresco que le alentó el penúltimo aleteo de su desesperanzada existencia.

*

Por mi tierra, para ahuyentar a los perros, callejeros se les grita:

- ¡TUSO!

*

El día que los Municipales trajeron a Padre muerto, encima de la manta ensangrentada, Toña, mi sexta hermana, la única a la que él trataba con enfermiza ternura, se dirigió a Madre con un odio tan reconcentrado que a mí me heló la sangre:

-¿Crees que, por mucho que cerraras la puerta, no te he oído discutirle a Padre su hombría en vuestro cuarto? ¿Y qué pasa si miraba a la maestra? ¡Por lo menos ella sabe cómo hay que tratar a un hombre; y no como tú, que pareces un cardo borriquero, ultrajando a la mejor persona del mundo! ¿Se puede saber por qué has tenido que contestarle de esa manera sabiendo cómo se le pone la cabeza? No te creas que me voy a tragar eso de que, con el barrizal, se ha despeñado por la barranquera. ¡Tú lo has matado!, -gritaba-. ¡Él se ha tirado porque ya no podía aguantarte más!, -chilló ya fuera de sí mientras

gemía lastimeramente-. Y eso,...¡Madre!, ¡eso no te lo perdonaré en toda mi vida!, -le gritó con una voz ronca y reconcentrada antes de salir de la Sala dando un portazo que retumbó en toda la casa como un mal presagio.

Madre no le contestó. Se quedó allí inmóvil en una esquina de la Sala, con la cara agarrotada y descompuesta, mirando absorta hacia la puerta por la que había salido Toña y contestando maquinalmente al pésame que le daba la gente que empezaba a entrar en casa. Solamente cuando llegó Doña Lurdes, la Maestra, pareció reaccionar con un ligero parpadeo estremecido.

-Lo siento, -dijo la Maestra en un susurro.

-¡Lo sé!, -contestó Madre con voz marchita y neutra, ausente de toda emoción.

Las dos mujeres se miraron, doloridas, durante un segundo; en sus ojos había un oscuro brillo de lágrimas. Luego Doña Lurdes bajó la cabeza y Madre volvió a perder la mirada en el vacío de la puerta por la que había salido su hija. Su Toña.

*

Toña no es exactamente mala; pero tal parece que durante años, desde la muerte de Padre, haya ido almacenando en sus entrañas un resentimiento malsano que no la deja vivir; ó que hubiera heredado ella sola la peor carga genética de nuestra atormentada familia. Lo cierto es que, donde quiera que esté, y a pesar de la indeleble sonrisa que le adelgaza los labios descoloridos en un pliegue malévolo, no puede evitar amargarle la vida a cuantos la rodean creando a su alrededor un entorno asfixiante de permanente tensión.

Creo que mi hermana se consuela y se crece urdiendo en su imaginación pequeñas venganzas miserables contra el mundo; venganzas que casi nunca consume, pero que, ocasionalmente, la liberan de la amargura de sus arraigados rencores viejos y de sus irracionales envidias. Lo único que ella consideró como realmente suyo en la vida fue el amor obsesivo con la que la rodeaba Padre. ¡Y le duró tan poco tiempo...!

*

A mi hermana, que nunca comprendió el rabioso dolor de Madre por la muerte de su perrilla, se le iluminó la cara cuando, después de auxiliarla en el parto, miró la nueva camada que acababa de parir su perra pastora. Y tomando entre sus manos ensangrentadas al guarín, que salió feo, peloncho y desvalido como un topillo, lo acarició con maldad mientras sonreía para sus adentros regodeándose en su mortificante plan recién concebido:Le puso por nombre TUSO.

El chucho, descastado sin duda por las malas andanzas de su madre, creció desgarrado por constitución, cimarrón por instinto, arisco por el hostigamiento continuo de que era objeto; y se hizo pendenciero a fuerza de recibir patadas y peñonazos de los niños de la casa y de los que venían a jugar con ellos. Lo

único hermoso en aquel perro eran sus ojos color de miel, abiertos en una mirada tierna, profunda y tan lastimera que partía el alma; parecía como si, a escondidas, estuviera reclamando unas migajas del afecto que nunca tuvo salvo por unos días.

*

Al ver al cartero alargárselo, Madre miró con recelo el sobre sin remite y lo manoseó pasándolo de una mano a otra sin atreverse a abrirlo. Hacía mucho tiempo que a ella nadie le escribía. Y mucho más tiempo todavía que no recibía una noticia buena. Por eso, cuando se decidió a abrirlo y vio que era un crisma de navidad, no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco en el cuerpo. Su hija Toña, la que más se parecía a aquel padre hiriente y arisco, le pedía que fuese a pasar las fiestas a su casa con palabras tan cariñosas como nunca le había conocido.

¿Sería posible que...? ¡Su hija!

*

Nadie fue a esperarla a la estación.

*

Cuando Madre llegó a casa de mi hermana aceleró el paso para cruzar el jardincillo de delante tratando de evitar a los diversos perros que saltaban a su alrededor como si quisieran hacerle fiestas. A punto estuvo de agacharse a acariciar a una perrilla caniche de lanas sucias y enredadas que culebreaba juguetona entre sus inseguras piernas; pero renunció a ello cuando el recuerdo de su BlancaNieves le mordió el corazón advirtiéndole del desgarramiento de las penas que traen los apegos.

-Mejor será no despertar al demonio del cariño-, murmuró entre dientes y en voz alta, como solía hacer desde que estaba sola en la casona, mientras aceleraba el paso arrastrando la bolsa de viaje demasiado pesada para su frágil cuerpo, hinchada con los regalos para los nietos.

De repente lo vio. Era un perro feo y descastado, de pelo encrespado y ralo bajo el que se adivinaban las cicatrices de peleas callejeras y las pupas de pedradas recientes. Debe ser casi un cachorro, -pensó Madre cuando se le cruzó por delante para acabar sentándose en el centro del caminillo impidiéndole el paso-.

-¡Tuso, Tuso!, -gruñó Madre tratando de alejar al bicho con su interjección habitual.

El perro levantó las orejas e inclinó la cabeza hacia un lado sorprendido por la llamada de aquella desconocida que pronunciaba su nombre sin hacer además de darle una patada; clavó en ella su mirada llena de ternura y, mansamente,

se fue hacia Madre intentando lamerle la mano libre para demostrarle su agradecimiento.

La mirada dulcísima y triste de aquel perro, -pensó ella-, la estaba inquietando más de lo conveniente.

-¡Tuso! ¡Tuusooo!, -repitió Madre sin demasiada convicción, agitando la mano y tratando de interponer entre ella y el bicho la bolsa de los regalos. Pero cuanto más repetía aquel ¡tuso! más se le acercaba el perro restregándose contra sus piernas y gruñendo como si quisiera hablarle.

En el ajeteo el animal levantó las patas delanteras sobre la bolsa de viaje haciendo vacilar a Madre. Luego le dirigió una mirada preñada de triste ternura mientras que su lengua le hurgaba amorosa la ropa y la mano como si se la besara.

-Como aquel hombre, ¡su hombre!, que la enamoró en el baile de máscaras del casino inclinándose sobre su mano mientras la invitaba a salir a la pista de baile antes de... Como le hacía BlancaNieves aquel último día, mientras agonizaba en su cestillo de mimbre sin conseguir alumbrar una vida nueva-, pensó con nostalgia mientras se estremecía con sus confusas y desordenadas evocaciones.

-¡TUUUSOOO...!-, gritó Madre, esta vez con voz desgarrada, tratando de apaciguar los atropellados recuerdos que, repentinamente, empezaban a removerse en su memoria reverdeciéndole los dolores adormecidos.

Desde la puerta de la casa le llegaron las risas nerviosas de sus nietos y se extrañó de la forma que tenían de taparse la boca para contener las carcajadas mientras la señalaban con el dedo y miraban excitados a su madre.

-¡Tuso! ¡Tuso! ¡Tuuu-sooo...!- Los niños bailoteaban ahora a su alrededor repitiendo el nombre del Perro y seguían riéndose mientras ella se acercaba a la puerta de la casa para besar desconfiadamente a mi hermana que, tratando inútilmente de disimular un gesto desdeñoso, parecía participar del jolgorio con risillas igualmente apenas contenidas.

Los niños saltaban a su alrededor gritando ¡tuuuso; tuuso! y haciendo vacilar a Madre. El Perro, como si estuviera poseído, giraba y saltaba también en medio del grupo con evidente alegría, sin duda extrañado de que, de repente, lo llamaran con aquella insistencia y se ocupara de él tanta gente en una casa donde lo único medianamente inofensivo que recibía era un plato de pienso silencioso.

De repente los niños se agacharon a coger piedras del suelo y, antes de que se las arrojaran, el Perro salió corriendo con la cabeza gacha, la cola entre las piernas y la garganta quebrada en un aullido lobuno apagado por el clamor de las risas de los chavales que seguían gritando convulsivamente:

-¡Tuso! ¡Tuso! ¡Tusooo...!

Desde algún rincón del jardín Tuso aulló lastimero antes de que Madre entrara en la casa. A ella le pareció que la estaba llamando.

*

Madre pasó las Navidades en casa de mi hermana, dormitando por las tardes en el jardín; -para no molestar dentro-, decía, permitiendo que Tuso le lamiera dulcemente las manos abandonadas en el regazo, mientras dejaba volar su mente, aún ansiosa de tantas cosas..., imaginando que quien le acariciaba era aquel hombre que luego se volvió tan retraído y tan esquivo; pero que antes de casarse le rozaba las manos con flores y con besos; y que, para las Pascuas, le componía poemas.

Cuando se echaba el sol y el frío de fuera la sacaba de sus ensoñaciones se ajustaba la toquilla y buscaba en la mirada dulcísima del Perro feo aquella otra mirada, la del hombre que tanto amó. Y en la lengua del animal rememoraba las caricias con las que su perrilla, su BlancaNieves, le había devuelto el consuelo olvidado de las caricias reprimidas. Así hasta que el dolor se volvía insoportable. Hasta que se le hacía un nudo en la garganta que le impedía gritar con la energía que quisiera:

-¡Tuso...! ¡TUSOOO...!

Pienso que Madre no sabía bien si lo que quería era alejarlo o que viniera como hacía incomprensiblemente para ella.

-¡Tuso! ¡Tusoooo...!, -le murmuraba espiándole las intenciones.

Entonces el perro se le acercaba y apoyaba su cabeza en el regazo de Madre. Ella se agitaba como si estuviera molesta y los nietos volvían a reírse a carcajadas señalándole a su madre la consumida figura de la abuela, mientras el perro le hacía la última caricia de la tarde y ella le rascaba la cabeza disimuladamente, casi con vergüenza. Como si estuviera siéndole infiel al hombre amado o a la perrilla que se le murió malamente.

-Por empeñarse en parir sin saber que los hijos acaban partiéndote el corazón y las entrañas-, decía en un murmullo desalentado mientras entraba en la casa en busca de refugio para sus huesos helados.

Madre nunca supo que aquel Perro tenía el nombre equivocado. Ese nombre que, cuando lo pronuncias como un conjuro con el que alejar los malos presagios, te echa sobre las espaldas todas las desgracias del mundo.

*

El día que Madre se fue de casa de mi hermana su corazón estaba un poco más tibio que cuando llegó. Atravesó el jardincillo con su bolsa de regalos vacía; abrió la verja que chirrió como si llorara, cruzó la carretera y se detuvo al otro lado, junto a la parada del autobús, para echar una última mirada a los que la despedían desde la puerta de la casa con sus risas contenidas.

Entonces el Perro salió del fondo del jardín y fue acercándose a la verja medrosamente, como si quisiera seguir a Madre a donde ella fuera. Y Madre, que le leyó en los ojos la inmensa tristeza del abandono, trató de alejarlo de su camino y de su recuerdo:

-¡TUSO!, -gritó con una energía que no había conseguido encontrar en los días de estancia en aquella casa donde todos se reían como si no quisieran hacerlo.

El perro, al oír su nombre en boca de aquella anciana que lo había amado en silencio, alzó las orejas, empinó el rabo, franqueó la verja y saltó jubilosamente hacia el otro lado de la carretera con la legua colgándole de alegría. Madre vio al mismo tiempo el autobús que llegaba demasiado cargado para detenerse a recoger nuevos viajeros y al Perro saltando a mitad del asfalto con aquel desaliño y atolondramiento tan suyos.

-¡TUSOOO...!, -gritó mientras saltaba a su vez de la acera y corría hacia el Perro con el corazón oprimido.

Alargó el brazo tratando inútilmente de detenerlo; y alcanzó a tocarlo con su mano justo en el momento en que el autobús le arrancaba al Perro un último aullido lastimero que se apagó entre sus dedos aplastados por la rueda delantera.

Los frenos chirriaron cerca de su oreja y, antes de perder la conciencia, advirtió torpemente que los niños habían dejado de reírse y que mi hermana corría hacia ella gritándole:

-¿No podías haber cerrado la verja al salir?.

Madre no murió ese día. Pero dentro de ella se murió lo último que le quedaba de su torturada ternura.

¡Qué arisca se volvió Madre desde aquel día! ¡Y qué huidiza! Yo pienso que se le fue la cabeza porque la última vez que fui a verla parecía como que estaba hablándole a la mano que el autobús le dejó inútil:

-Mira cómo te ves por repartir caricias –le decía al apretado vendaje interponiéndolo entre su cara y mi boca.

Nunca volvió a escribirnos o a llamarnos por teléfono. No nos avisó ni cuando estaba muriéndose. Y se murió sola. Como cualquier perro callejero que no tiene amo.

Marineda 27 Febrero 2003.

COMO PLUMA DE GORRIÓN

Como pluma de gorrión:
así fue Madre.
Un poco gris; un poco despeinada.
Ingrávida y liviana,
con esa levedad de la ternura
que tienen en su piel algunos viejos,
y en sus plumas todos los gorriones.
Recortada en sus bordes un poco desdentados;
recogida en sí misma.
Descolorida y pálida
como el tallo del trigo por Agosto
transparente a la luz del medio día.
Sujetándose al eje de un amor infinito
que recorría su centro
y era su propia esencia.
Sostén de nuestras horas;
extraña fortaleza
instalada en un cuerpo diminuto y doblado
desde que floreciera
en los fecundos brotes de la vida
hasta que fue muriéndose,
perdida en soledades alargadas,
debajo de los chopos
que bebían de su acequia.
Pausada, entre murmullos apenas percibidos,
atravesando el aire de nuestra antigua casa,
desplazándose en vano
hacia inciertos destinos
que la tullían de miedo.
¡Cayéndose de vieja
sobre las hojas secas de un prematuro otoño
camino de su invierno solitario!
Arrebatada hebra
de seda consumida
atando, mansamente,
la carrera del tiempo.
Arrancada a la fuerza
de las cálidas alas
de una vida preñada y provechosa,
en la que fue, en silencio,
holgado nido de mullido fondo,
y arrojada al espacio
de un dolor miserable.
Como pluma de gorrión:
así fue Madre.

Gaviola de Aznaitín

EL CADEJO DE HILO PAJIZO

Esta es la historia de cuando bordamos mi ajuar a la hora de la siesta, haciendo tiempo para que se echaran las calores.

Ramona la Renca -que le decían la renca porque tenía un anca revení'a y andaba renqueando muy graciosa- llegó sobre las cuatro de la tarde. Ella era muy primorosa bordando los equipos de novia y mi madre quería que mi ajuar fuera to' lo rumboso que nos permitieran los dineros que teníamos apartados para casarme cuando tuviera que ser.

Ya tenía guarda'o en el arca tres o cuatro juegos de sábanas de cama grande y dos de soltera, pañitos de cocina y de los otros, -los de felpa que usábamos cuando nos venía el mes-; toballas grandes y chicas, camisillas, sostenes un poco más holgados que mis anchuras -p'a cuando se me ensanchara la pechera con la subí'a de la leche-, dos camisones de batista p'a lucir en el Hospital si es que era menester y cuatro o cinco camisones de popelín, con el abujero preciso p'a el arrime en compostura cuando hiciéramos uso del matrimonio; y dos caminos de mesa p'a encima del arca del recibimiento.

Esa tarde empezamos con las mantelerías y Ramona la Renca le enseñó a mi madre los cadejos de hilo pajizo que había traído para hacerle el punto de cruz al juego de mesa. A mí me embelesó aquel color que tan bien pegaba con el azulón de la mantelería. Pero, como tenían por costumbre, no me dejaron tentar los cadejos y me dieron la tarea más basta: hilvanarle el cañamazo a las servilletas p'a no confundirnos en el dibujo entrecruza'o. Yo me enfurruñé y empecé a tirar de hebras de hilo de hilvanar como una loca. Las cortaba muy larguísimas y, antes de llegar a la mitad, las tiraba y enhebraba la abuja nuevamente. Hasta que mi madre me dijo que si seguía desperdiciando hilo se acabarían los dineros antes que el ajuar y no podría casarme.

A mí lo de no casarme no se me importaba; pero lo que dijo Ramona la Renca me desgració la vida hasta después de casá'.

-El Demonio junta las hilachas desperdici'ás y las va atando en ovillo. Aluego, la primera noche, después de que feneces, se alarga hasta tu tumba con el carrete, y, si llega el desperdicio para to'a la faena, ya no tienes salvación: te amarra las manos, te traba las canillas, te estrangula la lengua y te echa al fuego eterno sin que puedas rebullirte ni p'a pedirle a Dios su amparo. Que no se diga que no te he avisa'o, Niña. No le des ocasión al Maligno p'a engancharte.

Entonces a mí se me helaron las pajarillas porque dende que había empeza'o a enseñarme a coser con Ramona la Renca había desperdicia'o tantas hebras de hilo, y tan larghísimas, que, por mucho que ahora escatimara, de seguro que el Demonio ya tenía su apaño para llevarme consigo bien amarradica.

Y no tenía por qué dudar de los dichos de la Renca: que en siendo modista y espiritista como era, de seguro que ella sabía lo que se decía.

Se me debió demudar la cara muy malamente, porque mi madre me echó un reajo, paró de coser, y me dijo:

-Anda, vete a tu cuarto y acuéstate un ratillo, que una buena siesta alivia las desazones que le entran al cuerpo con estas calorinas. A ver si se te pasan esas sudores y se te pone mejor color.

Yo me puse colorá' como un tomate pensando que mi madre se barruntaba p'a qué me servían a mí las siestas.

-A ver si esta niña lo que tiene son siestas no dormi'as y no nos va a dar tiempo de terminar el ajuar... –dijo, entonces, la Renca con picardía dándome una palmá' en la barriga.

Pero mi madre no le consintió que siguiera y le dijo que tuviera la consideración de no malearme.

Yo me fui como lo que era mi sino: como alma que lleva el Diablo. Me acosté. Me tenté entre las nalgas como ya me era usual a aquellas horas de las calores. Se me azuzó el resuello. Y, como de to'as formas estaba perdi'a, con lo soliviantá' que andaba, me hice una gallarda que me aplacó del sofoco.

Yo sabía, dende la catequesis, que hacer aquella cochiná' era lo más malo del mundo. Pero me pensé p'a mis adrentos: "ni confesándome le puedo sustraer el Maligno los hitajos de hilo que he desperdicia'o; así que bueno está que, mientras me llega la hora, le dé gustico al cuerpo".

Esa misma tarde me juré que se habían termina'o los impedimentos que me abocaban a la autogestión de mis regocijos. Al primer mozico que se me arrimara sinuoso le consentía lo que quisiera. ¡Total...!

Nunca más gorbí a confesarme diciendo mismamente la verdad. Mi vida se convirtió en un sacrilegio. Y si el Cura escarbaba con aquella voz demud'á, como le era asiduo, yo aparentaba inocencia.

Aunque en todavía tengo algunos miramientos: me retraigo de echarme la siesta siempre que puedo, pero sin aumentarme la mala conciencia de un gemi'o a solas o de un hilo abajo o arriba. Porque, miedo al Maligno, ya no me cabe más en el cuerpo, que me tiene hipotecá' con más cadejos que los que se gastaron en mi ajuar.

Lo que no quiero es que se me ablande la sesera; que dicen que pasa eso si te tientas en demasía...

Pero, por si acaso, por Mayo siempre le rezo las Flores a María. Que a lo mejor, entre mujeres que andan en remiendos de carencias, tiene un pasar lo de desperdiciar hilos y tirarlos sin rematar antes de que se ultimen...

Gaviola

Marineda 27.1.2005 (Corregido)

EL AÑO DEL VESTIDO AZUL

Por aquellos años, y aunque no lo pareciera, había tan poco dinero en casa que a mis hermanas y a mí solo podían hacernos un vestido al año para el invierno y otro para el verano si es que no nos “arreglaban” el del año anterior. Nos lo hacía nuestra madre, con retales que compraba a mitad de precio en el Comercio de “Dom. López. Tejidos y Novedades”.

Hasta donde alcanzaba la vista, los estantes de detrás del mostrador del Comercio de Dom. López estaban llenos de piezas de telas que a mí me parecían hermosísimas. Cada pieza de tela había sido primorosamente atada con una cintilla de gasa de color claro: rosa... azul..., verde..., amarillo..., de todos los colores. Por delante del mostrador, en el suelo, siempre había dos o tres espuestas con retales, de los restos y las sobras que quedaban de aquellas piezas de tela de los estantes.

Cada vez que mis hermanas y yo íbamos con mi madre al Comercio a rebuscar en las espuestas, Dom. López, el dueño de “Tejidos y Novedades”, que hablaba muy fino, arrastrando las eses de una manera que chocaba en el pueblo, le estaba mostrando a la Doña Paquita, la del Zarandillo, sus mejores telas; y las desdoblaba, y las extendía unas sobre otras por todo el mostrador haciendo que al aire del Comercio se le arreciara su olor a seda.

La Doña Paquita pasaba sus manos pequeñas y regordetas, llenas de sortijones, por las telas desplegadas, y suspiraba desde lo hondo tal que si estuviera arrullando gatos, y Dom. López parecía derretirse con ella cuando la escuchaba decir: -¡Ay qué primor de trapos, Dom. López-. Y él le contestaba embelesado: -Para ussstezzz Domitilo, Doña Paquita, para ussstezzz Domitilo a secas. Y ella le respondía melosa: -¡Ay, mire usted!, que cuando usted llegó al Pueblo, y puso en el toldillo el nombre del comercio, todos pensamos que lo de “Dom” era por lo del tratamiento, con esas maneras de marqués que tiene! Y él, sofocado: -Usted sí que tiene porte, Doña Paquita, que tal parece que fuera una señora-. Y seguía desdoblando piezas de tela mientras, entre arrobo y arrobo, lanzaba vigilantes miradas hacia las espuestas donde mi madre revolvió con discreta dignidad.

Aunque decían que Dom. López, el dueño de “Tejidos y Novedades”, era muy roñoso, a mis hermanas y a mí, cuando íbamos al Comercio, siempre nos regalaba alguna de las cintas de colores con las que se ataban las piezas de tela, aunque mi madre no comprara nada. Y mi madre siempre le daba las gracias con un ligero aire de lejanía, remarcando el “Dom. López” como si quisiera hacerle ver que ella no admitía familiaridades.

Esas cintas eran como pequeños tesoros en mi desguarnecida caja de juguetes.

Las hijas de la Doña Paquita estrenaban dos o tres vestidos en cada temporada: por Navidades, por la Candelaria, por Semana Santa, por los Mayos... Mis hermanas y yo solo estrenábamos un vestido dos veces al año, -si lo estrenábamos-, y solía ser por otoño y por primavera, cuando más restos de tela había en las espuestas del Comercio de Dom. López.

Los vestidos de las hijas de la Doña Paquita solían ser hermosos; los nuestros eran raros. Tan imaginativos como permitían las anchuras de los retales que encontraba en las espuestas nuestra madre, que siempre nos decía que nos iba a hacer vestidos “combinados” como si aquello fuera el mayor de los lujos. Y en efecto que combinaba unas telas con otras, y les añadía un peto de piqué,

un volante aquí, un entredós allá y unos madroñitos colgando de las baberolas y de las capichuelinas que les ponía hasta convertir aquellos retales en lo más peculiar del pueblo.

Mi madre, tratando de mantener en alto su dignidad de niña bien machacada por las circunstancias, le contaba “discretamente” a la Sacristana, -que era la que corría y publicaba las comidillas del pueblo-, que sacaba los patrones de la revista “MUJER”, que venía de París, o de Madrid, -no recuerdo bien-, y cuya suscripción le pagaba mi abuela para que siguiera cosiendo como debía ser. Las madres de las otras “niñas bien” del pueblo, las que compraban las telas al corte varias veces al año, se movían entre la guasa de conocer nuestra pobreza y la envidia de lo imprevisible y caprichoso de nuestros atuendos, copiados de la revista “MUJER”.

Aquel año, cuando yo iba a cumplir los doce, mi madre encontró en una de las espuertas del Comercio de telas “ Dom. López, Tejidos y Novedades” un rollo entero de tela azul que, de vez en cuando, tenía una falla en el entramado que la hacía inservible para la venta de las Doñas Paquitas del Pueblo, y que Dom. López, el amo del Comercio, le ofreció a mi madre arrastrando las eses de aquella manera chocante, al brindarle semejante *“fantasssstica ocasssssióon que tenía de adquirir una tela tan maravillosa que todavía no sssabía por qué le había dado por rebajar sin motivos para ello”*. Y se dirigía a mi madre con sus aires marrulleros y pegajosos sin poder acabar de disimular la repugnancia que le producía la pobreza, levantando los retales desde las espuertas con dos dedos, como si estuvieran contagiados de miseria.

Mi madre se dio cuenta de las marras del tejido, pero enseguida concibió en su imaginación el vestido que podría hacernos con aquella hermosísima tela azul. Y no tardó mucho en imaginar que aquellas fallas en la tela se podrían ocultar con florecillas hechas de piconela blanca arrebujaada por los picos de uno de los lados y añadiéndole en el centro de la florecilla los pequeños bодоques amarillos que ella hacía, enrollando en la aguja el hilo, y apuntándolo luego sobre la tela, como un nudo engrosado y bien sujeto.

Así fue como el año en que yo iba a cumplir doce estrené un hermoso vestido azul hecho de una sola pieza, sin combinaciones de otras telas, y moteado todo él por innumerables florecillas blancas de centro amarillo, que en el peto del vestido se desmandaban ligeramente como si no se pudieran mantener derechas encima de unas incipientes turgencias.

Y aquel verano, cuando estrené el vestido azul, cuidadosamente almidonado y arbolado sobre el viejo can-can de otros años, me sentí tan guapa que casi se me saltaron las lágrimas.

Al empezar las vacaciones, como cada verano, vinieron mis primas de Madrid a veranear a la Casona de los abuelos. Ellas eran ricas, porque su madre, hermana de la nuestra, había hecho caso a las buenas razones de mi abuela y se había casado con un ingeniero. Pero aunque nuestras madres se llevaban a matar, y aunque mi tía Adelita no se recataba en demostrar sus desaires hacia mi padre por su humor campechano y ruidoso, pero, sobre todo, por ser “un donnadie” como ella decía, las primas nos llevábamos de maravilla. Con la que mejor me llevaba y con la que compartía en los veranos alcoba y cama era con mi prima Carlota, que era un poco mayor que yo, y que se quedó como alelada la tarde que estrené el vestido azul y me dijo que parecía comprado en Madrid. Como cada verano en cuanto nos juntamos nos pusimos a organizar nuestras vacaciones atropelladamente, aunque la abuela, como solía hacer, ya nos las

tenía planificadas con todo detalle: por la mañana desayuno de huevos fritos y tostadas con ajo, sal y aceite, (¡que lujo!), en la mesa de piedra del jardín; luego estudio hasta las doce, media hora en la cocina para aprender a hacernos mujeres y, enseguida, los baños hasta la hora de comer, en aquella alberca de aguas limpiísimas llenas de ovas, de ranas y de cabezones. Los pequeños y rígidos rituales de la comida nos servían para espiar los remilgos de mi tía Adelita frente a las intencionadas provocaciones de mi padre, quebrantando exageradamente las normas de las buenas maneras que trataban de imponernos. Y, sobre todo, nos servían para reírnos por lo “bajini” de las guerras de los mayores.

Por la tarde siesta. Luego, las niñas una hora con la modista para aprender “lo nuestro”, y... ¡tiempo libre hasta las nueve de la noche!

Me di cuenta enseguida de que, aquel año, mi prima Carlota estaba cambiada, como si estuviera aprendiendo a ser mayor y quisiera enseñarme a mí unas desenvolturas que ella no acababa de saberse del todo. Lo noté, antes que nada, porque puso mala cara cuando le pregunté si íbamos a ir por las tardes al Tejar. Allí era donde pasábamos las horas otros años, enfundadas en rústicos calzones de gabardina vieja, haciendo cacharricos con las pellas de barro que el Tejero nos daba cada día. A mi prima Carlota ya no le divertía lo de hacer cacharricos de barro. A mí sí que me pedía el cuerpo enfangarme en aquella greda suave y amarillenta que guardaba, de un día para otro, en el hueco del grifo de la manguera del jardín, envuelto en un pedazo de tela de saco remojado para que no se me resecara; pero, por otra parte, también me entraba un gusanillo de ilusión cuando pensaba en poder lucir mi vestido azul pavoneándome entre los muchachos del pueblo que venían a pasear por la carretera que rodeaba la Casona de los Abuelos, como pimpollos, con sus pantalones largos blancos y sus polos azules. Y sólo con pensar en mancharme con el barro mi vestido azul me dejaba sin alientos.

Aquel verano, mi prima Carlota había traído de Madrid un hermoso cazamariposas de color verde con mango de madera oscura y pulida, y cuando me lo enseñó me dijo en secreto que, con la disculpa de cazar mariposas, podíamos subir hasta la carretera y meternos entre “los chicos” como sin querer. Pero yo me sentía como las tontas corriendo detrás de ella sin nada en las manos. Mi madre se dio cuenta enseguida de por qué estaba tan mohína. Y a ella le entró un despecho cuando mi tía Adelita le dijo, como quejosa, algo de que sus propias hijas tenían que verse afrentadas por su mala cabeza...

En el Bazar del Pueblo no vendían cazamariposas. Ni me lo hubieran comprado aunque lo hubieran vendido, -que los dineros, en mi casa, aunque no se dijera, se necesitaban para otras cosas cada día-. Tampoco mi abuela estaba por la labor de perder la ocasión de hacer que mi madre pagara su descarrío aunque fuera a costa de la penitencia de sus propias nietas. Pero mi madre, a quien le crecían los recursos ante la desazón y siempre tenía un remedio para tapar todas las carencias que su calamitoso matrimonio le había traído, enseguida buscó la forma de que yo tuviera un cazamariposas: con un alambre y un retal de tarlatana que encontró en alguno de los canastos del cuarto de costura, y con la maña que nace de la necesidad callada, ella misma me lo hizo, retorciendo el alambre del final del aro sobre una vareta de adelfa cuidadosamente descascarillada que le puso por mango, y cuya ramplonería no pudo aminorar la alegría que me produjo tenerlo.

Así fue como mi prima Carlota, de trece años, y yo que iba a cumplir doce, acicaladas cada tarde con nuestros vestidos nuevos, empezamos a subir a la carretera con la disculpa de que íbamos a cazar mariposas. Y así fue cómo, entre carreras y persecuciones a los pobres y delicados insectos, empezamos a aprender grititos muy distintos a los de veranos anteriores, y a mirar de lejos a los muchachos del Pueblo, -"los chicos" como decía mi prima Carlota-, y luego a acercarnos a ellos corriendo, como si fuéramos persiguiendo a nuestras dulces víctimas que nos teñían los dedos de un efímero polvillo de plata y nos ayudaron a aprender cosas que a duras penas intuíamos.

Así fue como mi prima y yo empezamos primero a mirarnos disimuladamente con dos de ellos, desde lejos, y luego a hablarnos con aquellos muchachos de los que ya no recuerdo ni el nombre, pero que me hicieron sentir unas cosas por dentro que nunca antes había sentido, como si me azorara y me muriera de alegría y de miedo. Luego, por la noche, mi prima Carlota y yo hablábamos de ellos atropelladamente, y ella, aunque yo no lo entendía bien, me contaba por qué se escondía con su chico debajo del puente de la carretera donde nadie podía verlos; y nos entraban ganas de no sabíamos bien qué cosas.

Algunas noches, ciegas por desasosiegos rarísimos, después de cuchichear por debajo de las sábanas, nos abrazábamos una a otra... y llorábamos a borbotones hasta quedarnos dormidas sin saber muy bien qué nos estaba pasando. Creo que aquellas fueron las primeras intuiciones y devaneos que tuve sobre el amor.

Lo más importante de aquel verano es que, de pronto, con mi vestido azul lleno de margaritillas de piconela con bodeques amarillos, me empecé a sentir la más guapa del mundo delante del muchacho del que no recuerdo ya su nombre, y a desear serlo siempre... siempre... siempre... para él. Y que él, que me miraba con desaliento desde unos ojos escondidos en su cabeza agachada, me esperara siempre... siempre..., ¡siempre!, hasta que fuéramos grandes y pudiéramos hablarnos sin que nadie se nos pusiera por enmedio. Y que no nos diera miedo oírle decir a los que pasaban:

- ¡Míralos! Esos dos se están queriendo. ¡Tan jovencicos...! Ni que ella fuera a salirle a la madre. ¡Mira que poner sus ojos por debajo de su cuna! ¡Si es que los del Cortijo del Aire cada vez van degenerando más, que mira cómo están desmejorando su sangre! ¡No aprenderán...!

Muchas noches, durante aquel verano, mi prima Carlota intentó explicarme lo que pasaba debajo del puente. Pero a ella le faltaban palabras y a mí me faltaba entendimiento para ponerle palabras a lo que nos estaba pasando. Y cuando las palabras nos faltaban nos apretábamos una contra otra por debajo de las sábanas y acechábamos, espantadas, el lenguaje de nuestros cuerpos, mientras yo, deseando sosegar mis propios terrores, intentaba inútilmente olvidarme de lo que me habían enseñado en la catequesis y que aquel verano empezó a convertirse en una obsesión que me atosigaba con amenazas terribles e inconcretas.

Una tarde, cuando ya se acababa el verano, mientras correteábamos detrás de una mariposa amarilla con manchas negras en las alas, empezaron a caer unos gruesos goterones de lluvia que levantaban a su alrededor círculos de polvo al chocar contra el suelo reseco. Vi que mi prima y su "chico" corrían a refugiarse debajo del puente. Yo quise seguirlos pero mi amigo me tomó de la mano y, suavemente, como sin querer, me arrastró hasta la Cueva del Gato

que estaba en el cerrete de por encima de la carretera. Cuando nos refugiamos en la penumbra de aquella recacha el aire olía a electricidad y a desasosiegos. Nos sentamos en el suelo y permanecimos en silencio; yo sin querer pensar en nada, y él, con aquella mirada gacha y obstinada de siempre, fija en el peto de mi vestido. De repente me preguntó:

- ¿Cuántas hay...?

Yo no sabía a qué se refería, pero sus ojos, fijos sobre mi pecho, me azoraban hasta el límite de las lágrimas. A él también le brillaban los ojos. Entonces levantó su mano, extendió un dedo y lo dirigió lentamente hacia una de las margaritillas de piconela del peto de mi vestido azul y con una voz muy bajita y muy ronca empezó a contar:

- Una..., dos..., tres...

Así fue contando margaritas hasta la octava. Luego, siempre muy bajito, siguió señalando las florecillas mientras murmuraba como para sus adentros:

- Me quiere..., no me quiere...; me quiere..., no me quiere...

Aunque casi no me tocaba, con cada roce de su dedo yo sentía en la espalda como un calambrazo... como si me estuvieran atravesando con un alfiler. Era a la vez sugestivo y doloroso. Y en esos momentos se me vino a la cabeza lo que hacíamos mi prima Carlota y yo con las mariposas que cazábamos cuando las pinchábamos vivas sobre el fondo de las cajas de cartón después de emborracharlas metiéndoles la cabecilla en alcohol.

No sé cuánto tiempo pasamos allí. Sé que se me cortaba la respiración, que se me iban amontonando cosas por dentro. Hasta que no pude contener dos lágrimas gordas y calientes como los goterones de lluvia que nos habían empujado hasta la Cueva del Gato. Tenía que decir algo o me moriría allí mismo.

-Mañana nos vamos-, le dije en un susurro.

Él se quedó parado con el dedo en el aire y dejó de contar margaritas el tiempo justo para pasarse el dorso de la mano por sus ojos gachos y para tragarse una súbita ronquera entristecida. Luego reanudó porfiando con obstinación:

-Me quiere..., no me quiere..., me quiere..., no me quiere... Y, sin saber cómo, nos abrazamos durante unos segundos apresuradamente, con una torpeza infinita.

A la mañana siguiente mi prima Carlota se fue a Madrid con sus padres en el coche negro y reluciente de mi Tío. Cuando nos abrazamos para despedirnos tuve la sensación de que me despedía para siempre de una parte esencial de mi vida. Nosotros, mis padres, mis hermanas y yo, tomamos la camioneta de viajeros que iba a la estación del tren para regresar a nuestra casa.

Al pasar por debajo del motecillo de la Cueva del Gato lo vi allí, subido sobre un risco, agitando los brazos de una manera que me recordó el triste aleteo de nuestras mariposas agonizantes pinchadas sobre el fondo de las cajas de cartón. Creo que aquella tarde comprendí todo el dolor del cuerpo traspasado de las mariposas y su agonía solitaria.

Lo último que pude divisar antes de que la Camioneta tomase la curva de la Loma, y lo último que recuerdo de aquel muchacho, fue verlo subido sobre un risco, recortado contra el cielo anaranjado del atardecer como una silueta negra, cerrando sus brazos sobre sí mismo como si quisiera dibujar en el espacio el recuerdo de nuestro efímero abrazo de la tarde anterior.

Yo iba llorando. Estoy segura de que también él se quedó con los ojos quemados por las lágrimas. Y, en medio de aquella pena lacerante, me

alegré de que no pudiera verme porque, para el viaje, me habían puestos los viejos y horribles calzones de los otros años para que no me manchara mi único vestido de aquel verano con la carbonilla del tren.

Eso fue cuando iba a cumplir doce años y dejé de ponerme por las tardes los calzones de gabardina vieja con los que antes iba al Tejar a hacer cacharricos de barro.

Fue el año del vestido azul.

Gaviola de Aznaitín
Marineda 2 de Junio 2001.

CARAPÚAS

Esta es una historia de la Escuela donde nos enseñábamos a leer y escribir. Cuando nos mudaron de parvulitas a mayores, la Manola, la hija del de los “Almacenes Fantasías Ultramarinas”, llegó a clase con un plumier de lujo dentro de su cabás; era la única que tenía un plumier de dos pisos porque su padre era un tendero de posibles; y nosotras le tomamos ojeriza a la Manola por dárselas de ricacha con aquel plumier. Dende el primer día que lo trajo a la Escuela ya se le vieron las intenciones de hacernos de menos, porque deseguida fue a llevarle su plumier a que se lo viera la Señorita; y cuando se arrodó p’a volver a su pupitre, y ya no le veía la cara la Maestra, nos torció la boca hacia un la’o que en mi Pueblo es como se dice: ¡jódete!

Pero bien caro que lo pagó –que dicen que Dios no se queda con n’á de naide-

Un día, en el recreo, el hijo del Refugero, el de los Montes Comunes, nos obsequió con una sabandija muy rarísima que dijo que era una araña que se llamaba tarántula. Nos la dio a cambio de dos o tres palabras, y unas risicas que le echamos dende la alambra de partición de los patios del recreo, mientras nos removíamos las sayas enseñándole las senaguas, y diciéndole lo que le oíamos decir a las putas de las casas de la Carrehuela: “Mira, bonico, que lo que han de comerse los gusanos que lo disfruten los cristianos”.

La arañuela era negra, con visajes granates en el lomo, gorda y fea, y le pusimos de mote CaraPúas por lo pelú’a que era, y la metimos, con mucho cudiao, en un plumier de <probes> de un solo piso, que nunca abríamos en demasía, porque nuestro amiguillo nos dijo que si CaraPúas se asomaba y nos picaba estiraríamos la pata; a no ser que aluego nos entrara el bitango¹⁰ p’a echar la ponzoña con las convulsiones.

Lo que aconteció con ella tenía que pasar. Lo hicimos sin mala fe. Como el plumier era de hojalata le abrimos bujeros en la tapadera y le hicimos uno más grande p’a meterle hormigas y moscas p’a alimentarla y mirarla por él, aunque no se la guipaba ni en queriendo. Entonces la Manola, en viéndonos tan afanosas con nuestra pertenencia, -que ni su padre podía mercarle, tan pudiente como era-, se quería arrimar a nosotras y nos hacía la jarrica¹¹. Pero nosotras, por mucho que nos porfiaba, no le consentimos ni una vez a la Manola asomarse a ver a CaraPúas, en venganza por lo de su plumier; y cuando se arrimaba le decíamos: ¡mosca afuera que te pica la araña! Y eso, -me pienso yo-, era un aviso de buena voluntad, aunque no le mentábamos lo que teníamos allí adentro p’a que trinara¹² y se enrabetara.

Pero ella era cerril y, un día, se escapó del recreo y se puso a hurgar en nuestros pupitres buscando el plumier. Nosotras la vimos descaparse pero, como sabíamos a donde iba, nos conjuramos de silencio p’a darle una lección; a ver si la Manola le echaba mano al bicho y le entraba el bitango p’a tres o cuatro días. Pero lo de espicharla p’a siempre no entraba en nuestros cálculos. A mí, en viéndola dende el patio cómo levantaba la tapa de mi pupitre, se me

¹⁰ Espasmos y retemblíos propios de las calenturas

¹¹ <Hacer la jarrica> hacer carantoñas para congraciarse con alguien.

¹² <TRINAR> en sentido figurado, enrabetarse.

vino a la boca lo de “mosca afuera que te pica l’araña”; pero no tuve alientos p’a darle aviso, no fuera que las demás me enfilaran¹³ a mí.

Cuando la encontraron extendía en el suelo, más tiesa que el varal del trono, deseguida nos figuramos que CaraPúas nos había venga’o, porque la Manola tenía una hinchazón en los morros que solamente podía ser de un boca’o del bicho. El plumier estaba abierto y vacío en el suelo junto a la mano de la Manola.

Lo malo es que la Manola feneció p’a siempre y CaraPúas nunca más apareció.

La MaestraAmiga nos llevó a los responsos muy enfilás’ y con mucho orden. Como debe ser. Luego ya no golvimos a mentar aquéllo.

Pero ahora que semos grandes, y estamos p’a borrarnos de la Escuela donde nos enseñamos, no queremos ni mirarnos a la cara cuando vemos el plumier de la Manola, que lo tiene la MaestraAmiga; que se lo obsequió el padre de la Manola como reconocimiento por habernos lleva’o a to’as las alumnas a la Parroquia a llorarle la muerte de la hija.

Gaviola de Aznaitín
5.3.2004

¹³ <ENFILAR> Tomar manía a alguien.

SOBRE LA AUTORA: Cuchicheos y patrañas acerca de mi vida. (O, como se dice en plan fino, *Curriculum Vitae*).

Pues ¡Señor!; resulta que soy una “anciana” según el calendario y la forma de motejarnos en los papeles a las personas de mi edad, y yo sin darme cuenta. Tengo “tuentitantos” años, que es tanto como decir que nací el 27.6.1944 y, a calcular se ha dicho. (¡Quién lo diría, con lo lustrosa que me veo cuando no hay mucha luz!). Y sigo moceando, como dicen en mi pueblo, sin darme cuenta de que hay que ir echando talento.

Nací en pleno Parque Natural de Sierra Mágina, -en Bedmar (Jaén)-, y por allí, como andábamos siempre en entredicho, (ya se sabe que las tierras de entredicho eran tierra de nadie entre moros y cristianos), pues nunca estuve muy segura de encomendarme al Dios de los Cristianos o camelarme a Alá, a ver si me llevaba a su Paraíso. Opté finalmente por el Primero por aquello de que tiene una buena infraestructura para poder ocuparse con holgura del mundo, con sus Ángeles, Arcángeles, Querubines y Serafines, Santos y Beatos... También tuvo su importancia la duda que me entró sobre el papel que tendría que desempeñar en el Paraíso de Alá si me decidía por Él. Porque, bien mirado, ¿de dónde se saca sus huríos para alegrarle las pajarillas a los santos varones que baronean a su vera? Y, por otra parte, nunca he leído o escuchado nada sobre “huríos” para mujeres en aquellas periferias.

Así que, bien cristianada y aprendida, me hice Maestra Nacional. Luego, por aquello de que los hijos de los demás se hacen engorrosos, fui y me dije: ¿y si te hicieras leguleya como tu padre? Y, con la primera hornada de la UNED, salí vestida de negro (sin oro), a torear las beligerancias de los ajenos como si fueran mías. Lo que pasa es que, como una no es de natural batallador (aunque nadie lo diría) pues siento el subir y bajar de los ti-quis-mi-quis forasteros por mis arterias como si fueran indios en película del Oeste.

Ahora, entre Tribunal y Tribunal, escribo, apasionadamente, sobre personajes de esa zona de Mágina donde empecé la mamatera. Cuento cosas de sus gentes; pero, como me voy haciendo vieja, parece que la memoria me ayuda a meter y sacar cosecha propia que convierten las historias reales en auténticas PATRAÑAS.

Premios, lo que se dice premios, alguno ha caído:

1. Primer Premio de Relato Breve <Villa María> 1999, en la Ciudad de La Coruña, con el Relato <EL BINGO> Publicado en Edición restringida.
2. Segundo Premio de relato Breve 2004, del Colegio de Abogados de Málaga., con el Relato <YO TE QUIERO, PANCHO> Publicado en la Revista MIRAMAR de Málaga.
3. Participante en el Libro <DESVELADOS>, de la Editorial Fuentetaja, con el Relato <LA CRIADA>
4. Distintas publicaciones en Revistas y Revistillas, tanto de poemas como de relatos.
5. Y, hace muchos, muchos años (allá por los mediados de los 50 del pasado siglo) participé en unos ¡Juegos Florales!, en la Feria de mi Pueblo, en los que, en categoría infantil, me dieron un premio de ¡DIEZ DUROS!, que me gasté comprando calabaza en dulce, turrón de almendra, anillos de los del “serrín”, tres o cuatro cintas de raso, palodú,

brea y cromos de santos. No metí en la Cartilla de la Caja Postal de Ahorros ni un duro. Porque mi padre no estaba allí para aconsejarme porque, cuando se enteró de que me había metido en versos, se fue del Pueblo para no pasar la vergüenza de verme en el escenario de la plaza tartamudeando ripios.

En fin, que voy bebiéndome la vida como puedo, emborronando cuartillas, metiéndome en camisa de once varas y recordando hermosuras que, con el tiempo, (igual que la Serrezuela de mi Pueblo), pierden aristas y se redondean.